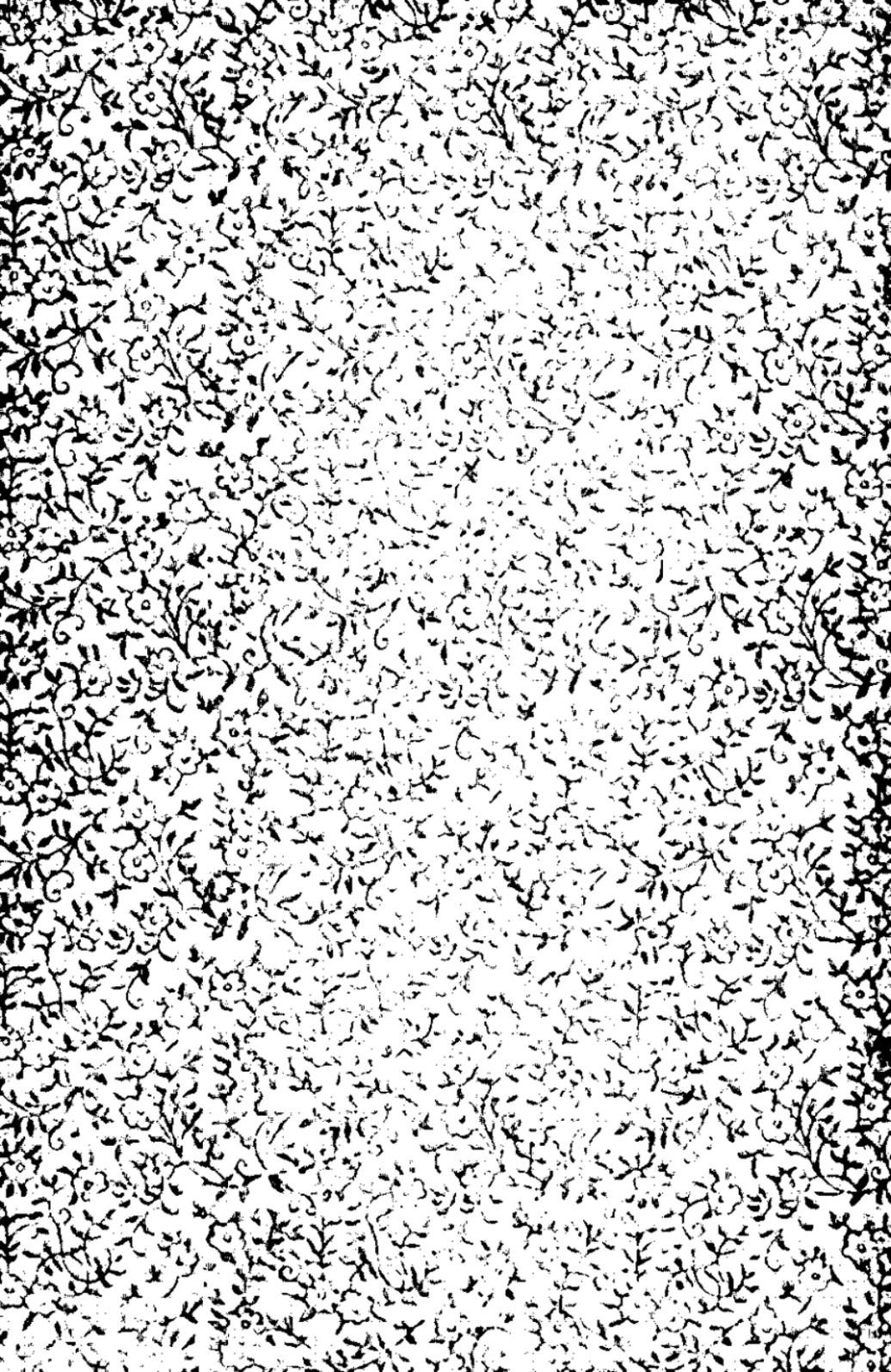
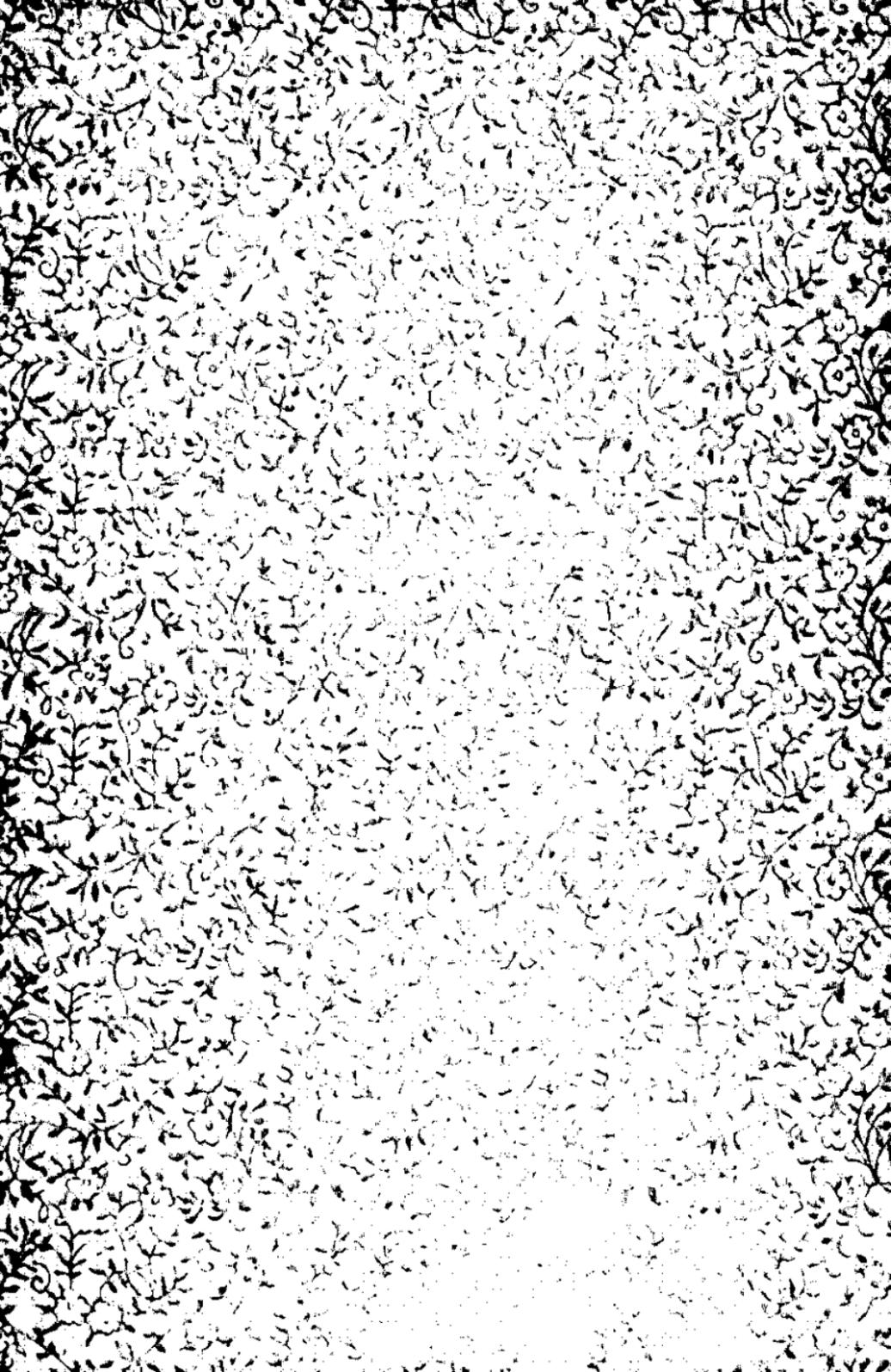
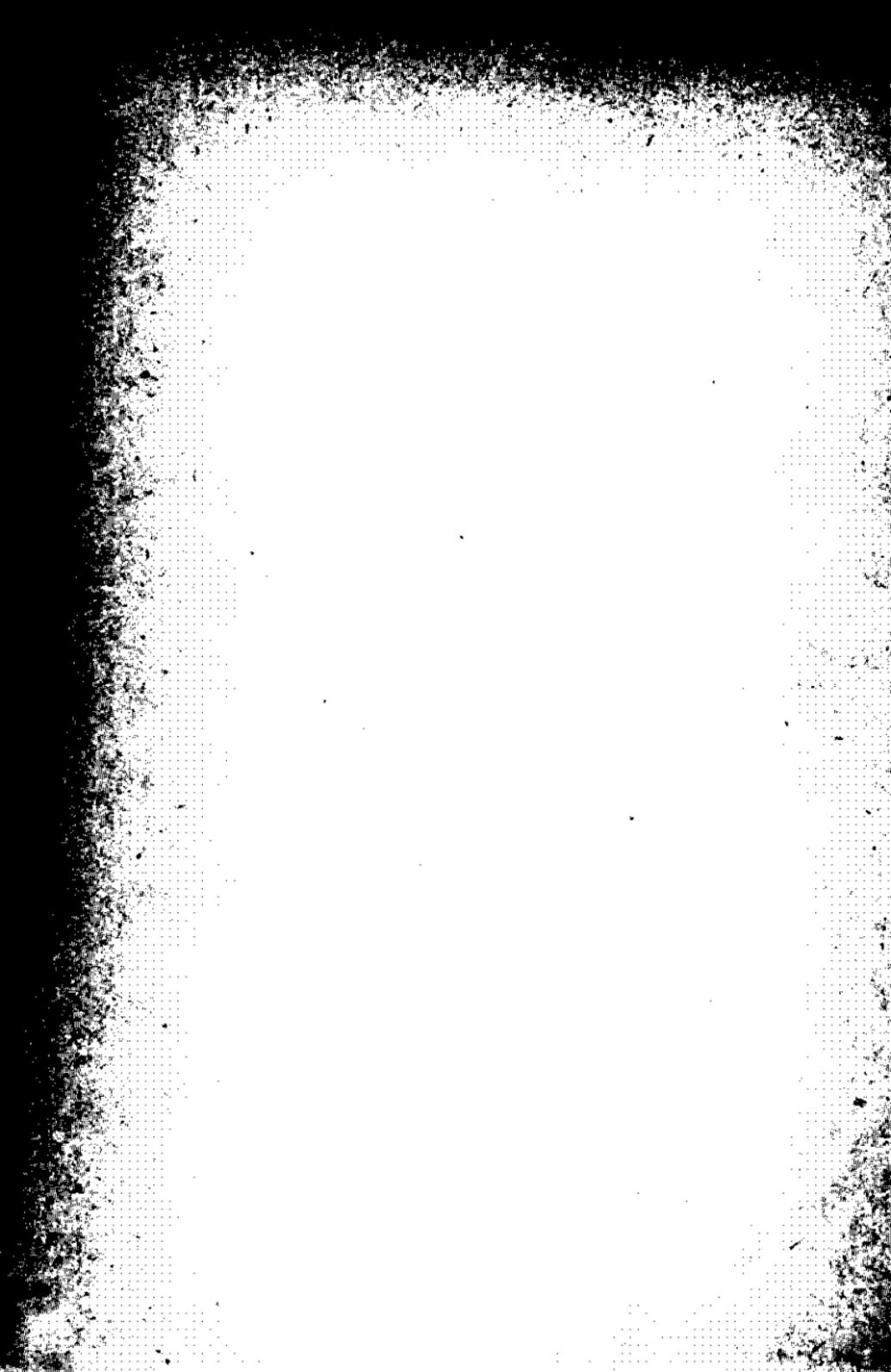


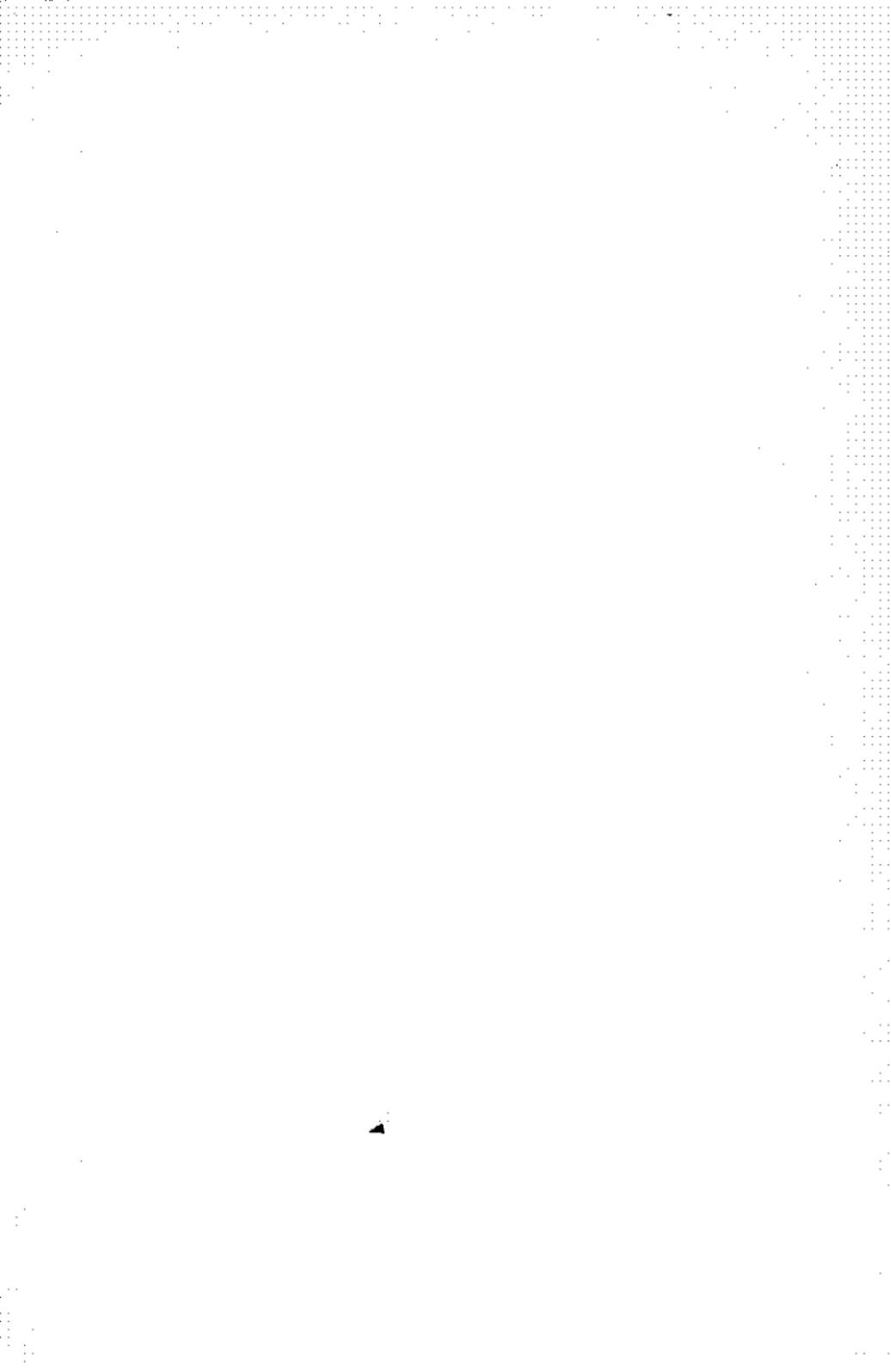
A
07

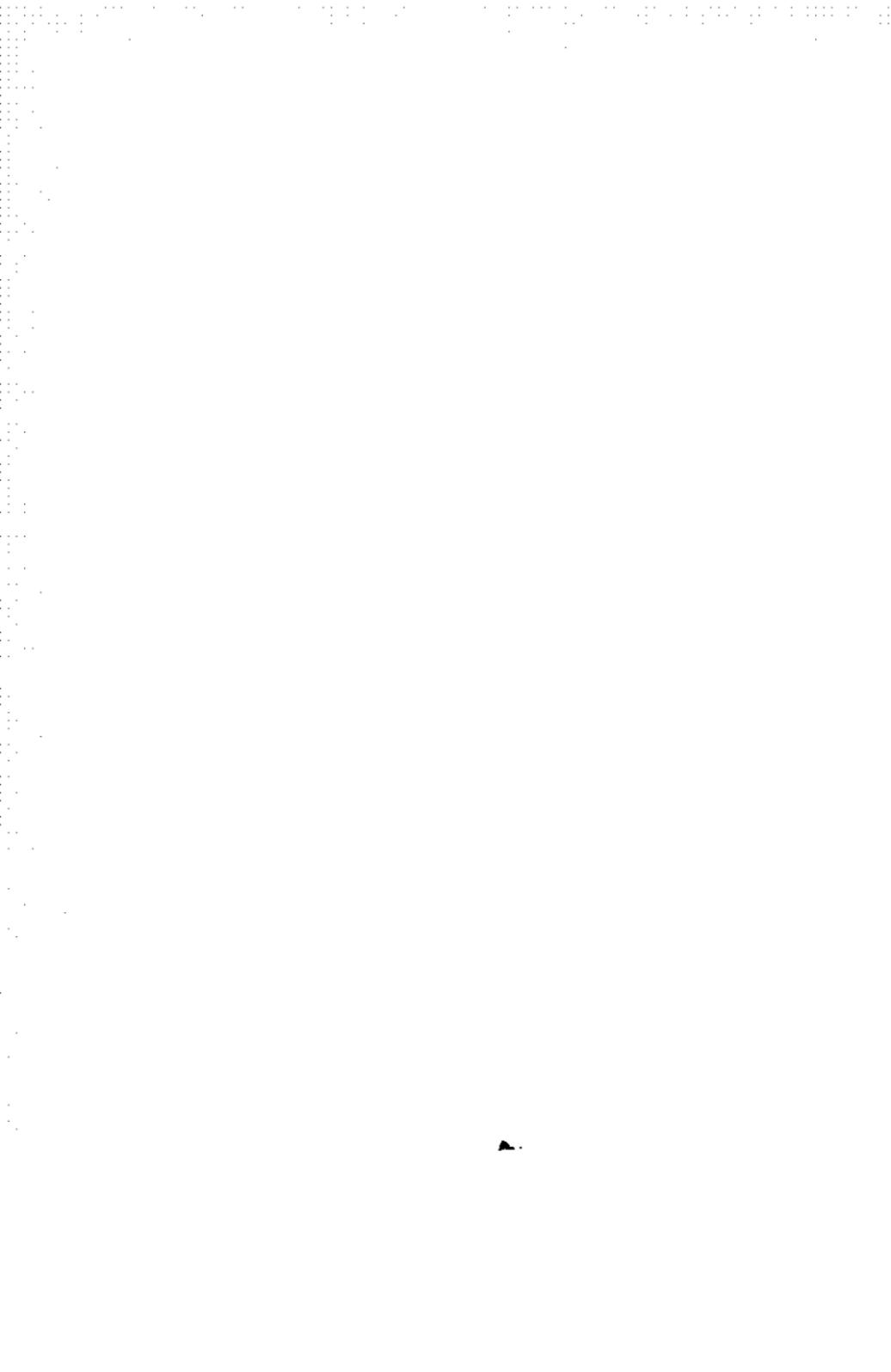












1
p

368

EL ESPEJO ENCANTADO



Establecimiento tipográfico, La Mañana. Madrid. 1911.



FRANCISCO VILLAESPESA

EL ESPEJO ENCANTADO

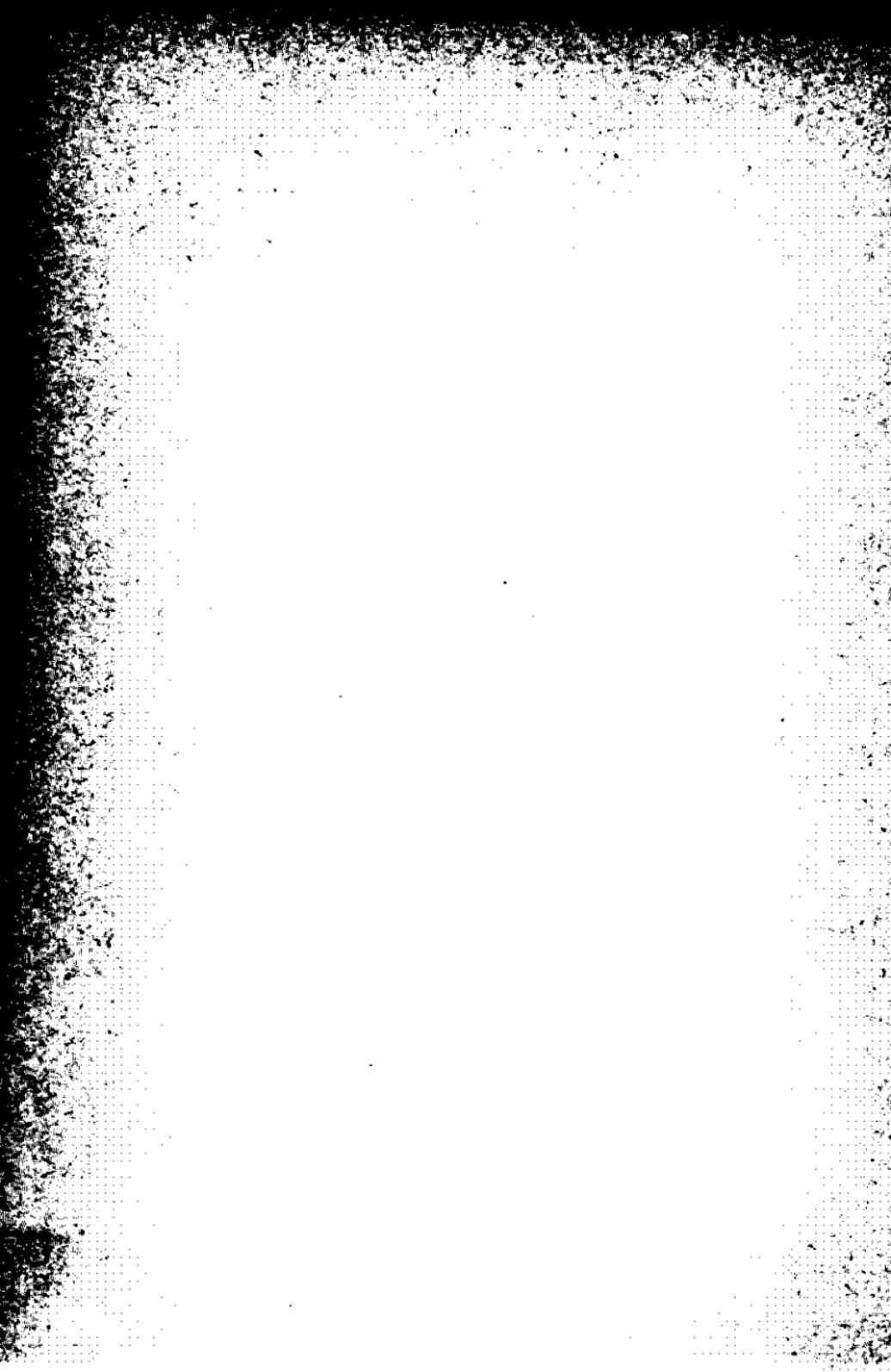
POESIAS



RENACIMIENTO
SOCIEDAD EDITORIAL ANÓNIMA
PONTEJOS, 8, MADRID

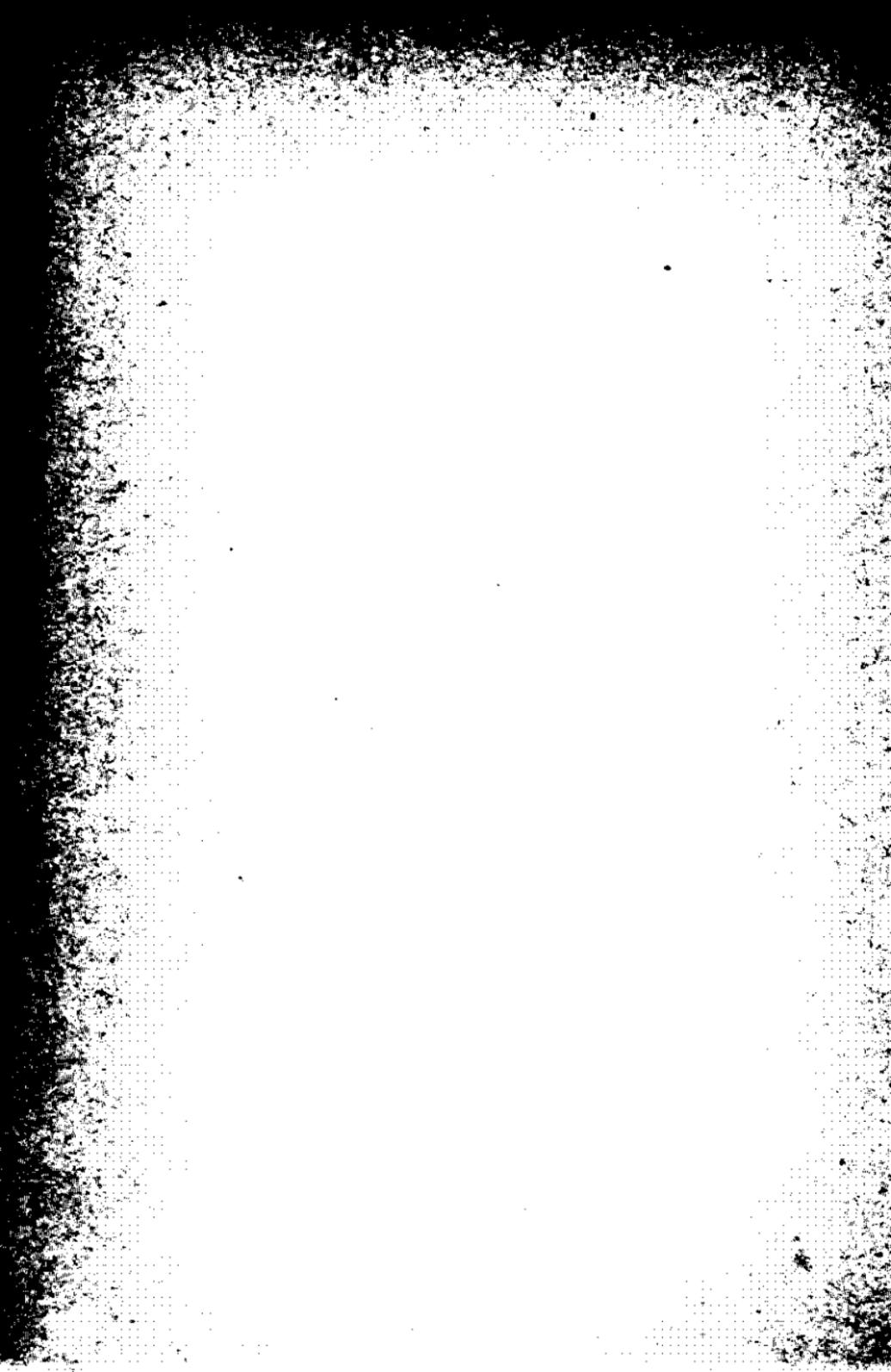
1911





DEDICATORIA

*A la sombra de amor que quedó encan-
ta en mis jardines de ensueño.*





EL ESPEJO ENCANTADO

Espejo encantado?... Espejo encantado
como en el que Fausto miró á Margarita,
donde se proyecta, donde resucita
—visiones efímeras—todo lo pasado.

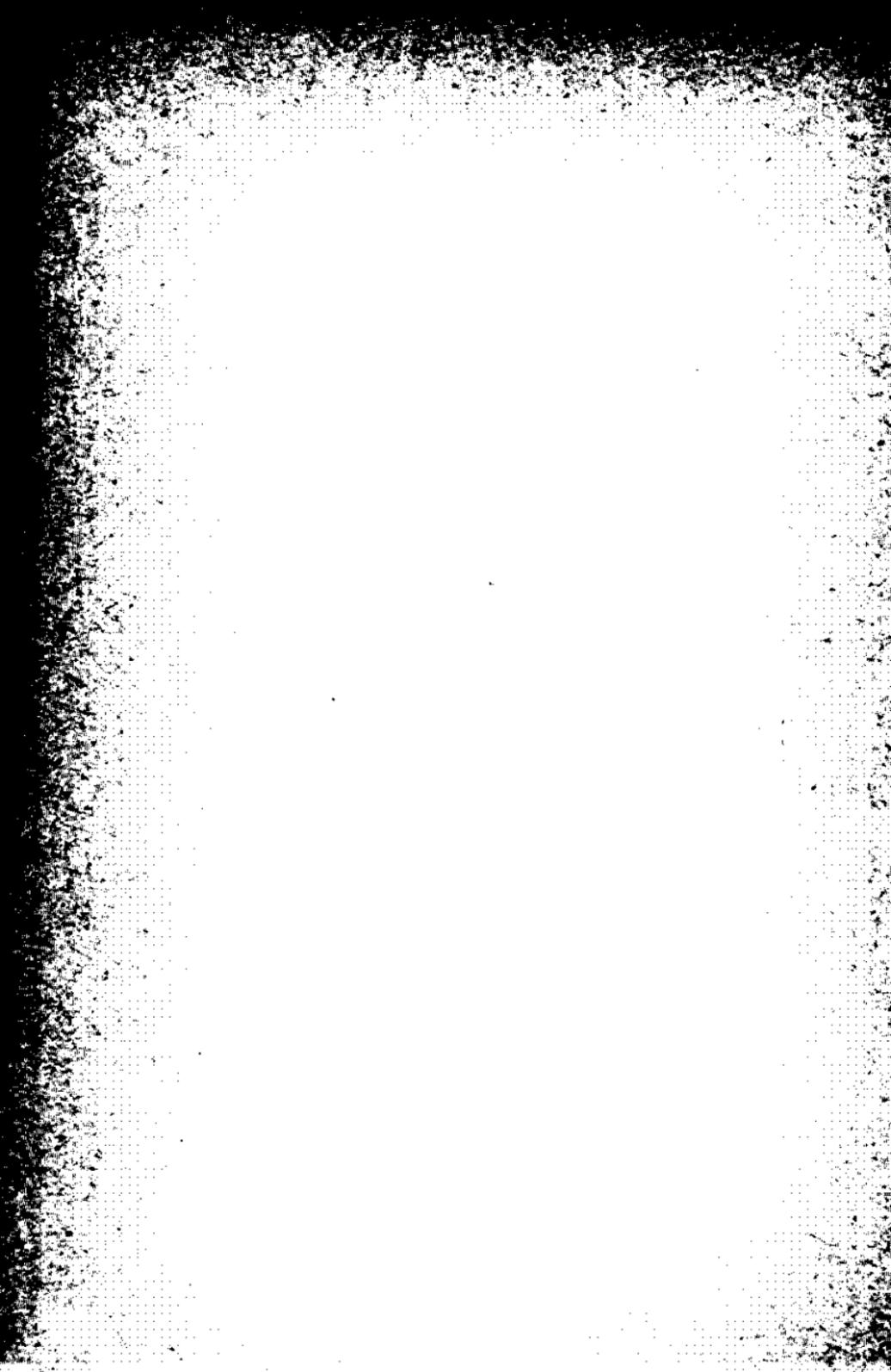
Cuanto en él miramos es fugaz y leve,
puede disiparse con solo el aliento...
Lo dejo en tus manos, dos lirios de nieve,
para que contemples la vida un momento.

Todo lo soñado, todo lo sufrido,
cuanto no he gozado, cuanto no he vivido,
—mutiladas Nikes y Afroditas mancás—

pasará tan breve, pasará tan vago,
igual que bandadas de palomas blancas
sobre las pupilas azules de un lago!



ROMERÍA MÍSTICA





SANTA MARÍA

A Giuseppe Guerra.

Por los molinos y por las granjas,
dando á los niños pan y naranjas,

dicen los viejos de la alquería
que anda de noche Santa María.

Olor á rosas dejan sus huellas.
Lleva un gran manto lleno de estrellas;

sopla en las ramas, y brotan flores;
suspira, y cantan los ruiseñores!

Su cabellera mana rocío,
y se abre en sendas de plata el río

para que pase por la ribera
sin que se moje su pie siquiera.

Ronda de noche por los casales;
grana la espiga de los triguales,

y con sus manos llenas de luna
madura el fruto de la aceituna.

Y cuando pasa por los alcores,
callan los perros de los pastores,

y meneando la larga cola,
como va triste, como va sola,

con sus hocicos negros y rudos
van á lamerle los pies desnudos.

Del huerfanito se acerca al lecho,
limpia sus ojos y le da el pecho,

y el niño duerme feliz, soñando
que con los ángeles está jugando.

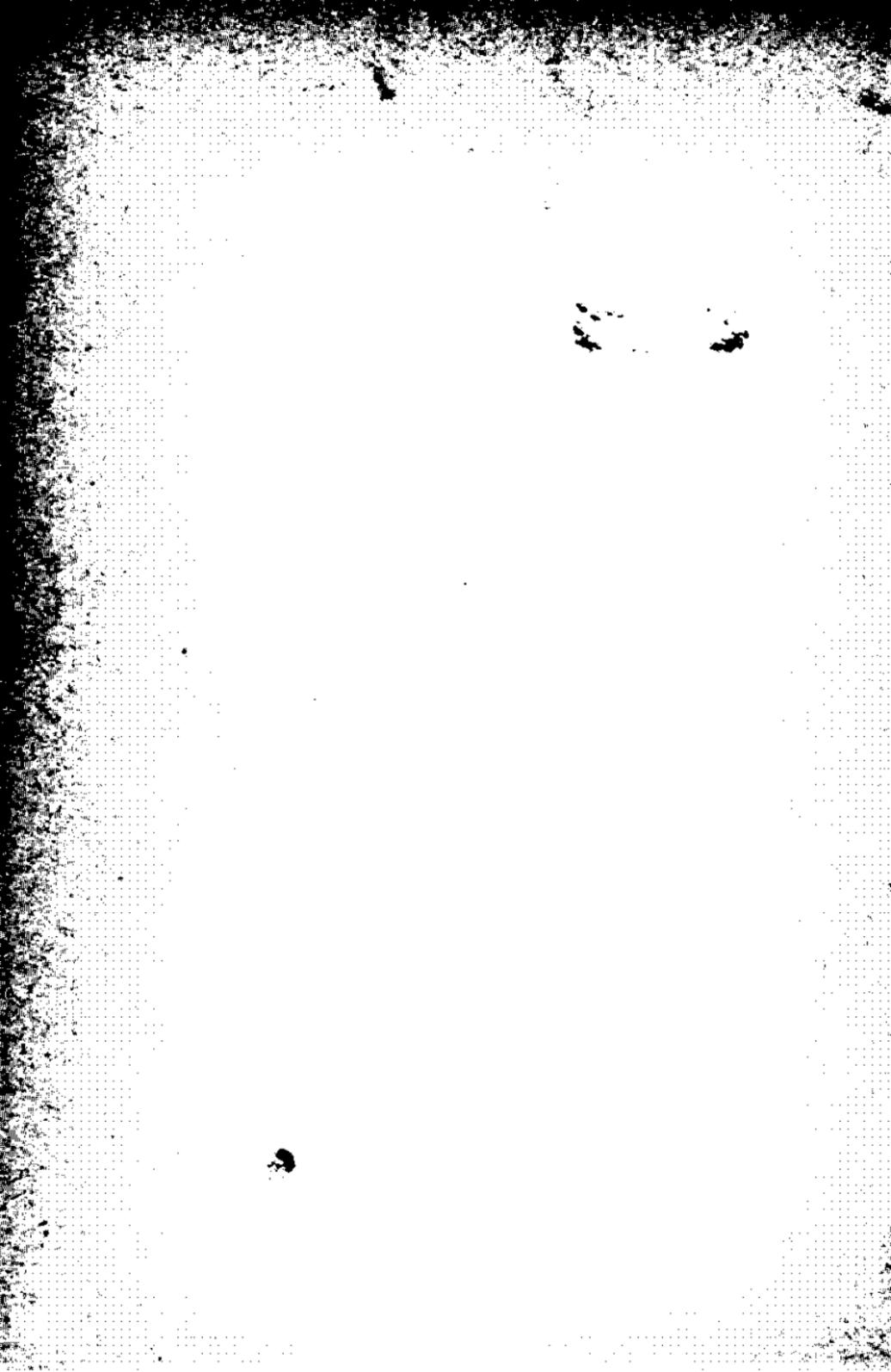
Se inclina al lecho del moribundo,
y cuando lanza su adiós al mundo,

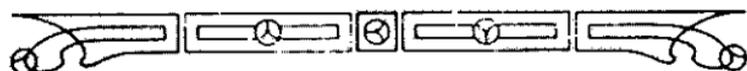
recoge el alma y emprende el vuelo
hasta su hijo que está en el cielo...

Por los molinos y por las granjas,
dando á los niños pan y naranjas,

refiere un viejo de la alquería
que anda de noche Santa María!







LA BALADA DEL PEREGRINO

A Alberto Zerega-Fombona.

I

Doncella que vuelves, cantando
tu melancólica canción,
con la ferrada, de la fuente!...
¡Por amor de Dios,
llena la pobre calabaza
que pende inútil del bordón,
porque mis labios están secos
de tanto polvo y tanto sol!

—Siga su ruta el buen romero...
agua no puedo darle yo...
Por agua he ido á la fontana,
más la fontana se secó!

II

—Zagal que vas tras esos bueyes
por esos prados sin verdor,
tañendo triste tu zampona...
¡Por amor de Dios,
dame un mendrugo de pan negro,
vacía en mis manos tu zurrón,
que hace tres soles que la gracia
de Dios mi boca no probó!

—Siga el romero su camino,
que ni pan puedo darle yo,
porque el molino se ha parado
y la abuelita no amasó!

III

—Viejecita que estás hilando
junto á ese viejo portalón
el lino blanco cual tus canas...
¡Por amor de Dios,
recoge leña, prende fuego
y hazme un lugar en el fogón,
que esta mañana con la escarcha
todo mi cuerpo se me heló!

—¡Siga su ruta, buen romero...
En mi vivienda no hay calor...
Mi hija por leña se fué al bosque,
pero del bosque no volvió!





EL ROMERO QUE PASA

A Adolfo Aponte.

I

Por la verde senda
bajo el robledal,
al morir la tarde
le miré pasar.

Iba el peregrino
á Jerusalem.

Sangraban sus manos,
sangraban sus pies.

Sus manos tenían
dos clavos de luz,
como si acabase
de dejar la cruz.

Igual que sus manos
sangraban sus pies...
Mi vaca sus llagas
se puso á lamer...

—¡Oh, joven vaquera!—
me dijo al pasar,—
¿sabes de un establo
donde reposar?

Con la vista baja,
repuse:—¡Señor,
una humilde choza
tengo para vos!

II

Y ya en mi cabaña
me dijo otra vez:
--Ha llovido... ¿Tienes
leña que encender?

En su rostro había
esa vaguedad
que tienen las almas
que van á volar.

Y, toda temblando,
dije, á media voz:
—¡Para calentaros
leña tengo yo!

III

Mientras se secaba
la ropa al hogar:
—Tengo hambre... ¿Tienes
algo que cenar?

¡Ay, cómo sangraban
su barba y su tez,
como si aún ciñeran
espinas su sien!

Y llena de pena
me atreví á rezar:
—¡Para regalaros
tengo queso y pan!

IV

Y mientras comía,
su voz suspiró:
—¿Tienes una cama
donde duerma yo?

Y su voz vibraba
con ese temblor
de el que da á la vida
su postrer adiós.

Y sin contestarle,
roja de rubor,
le mostré mi lecho...
y en él se acostó!

V

Por la verde senda
bajo el robledal,
se fué con el alba...
y no ha vuelto más!

Pastores, si acaso
le veis por ahí,
decirle en mi nombre
que rece por mí

Si entre los rebaños
pasa alguna vez,
¡decir que me visteis
llorando por él!





LA AZUCENA

A Gil Fiol.

Pálido y silencioso como un muerto,
el cáliz rebosante de amargura
de las manos de un Angel, Cristo apura
bajo el olivo místico del Huerto.

Bajo sus plantas floreció el desierto,
con su perdón purificó á la impura.,.
Dijo:—¡Despierta!—Y en la sepultura
Lázaro respondió:—¡Ya estoy despierto!

Apura el cáliz hasta el fondo, y luego
vierte en él una lágrima de fuego
que el áureo vaso hasta los bordes llena.

Tiemblan sus manos... una sola gota
desciende al suelo... y en el suelo brota
como un cáliz de nieve una azucena!





LA FUENTE Y EL RUISEÑOR

A Manuel de Sandoval.

1

Oh, quien fuera fuente clara,
para ver siempre en mi fondo
temblar tu cuerpo y tu alma!

—¡Oh, quién fuera ruiseñor,
para pasarme la vida
cantando siempre á tu amor!

El ángel que les oía
asomado entre un rosal;

el ángel que les oía
á Dios se puso á rogar.

Y con tal fé le rogó,
que en aquella misma hora
el milagro se cumplió!

II

Romero que va á Santiago
la boca seca de sed,
¡con qué gozo entre las rosas
verás el agua correr!

Más á beber de sus aguas
nunca te inclines, juglar,
que parece que son lágrimas...
¡Mira tú si amargarán!

III

La claridad de la fuente
nunca una nube empañó...
Y en el rosal, contemplándola,
canta siempre un ruiseñor!





LA SAETA

A Mario Muñoz Bustamante

En el Atrio del templo, unos soldados
Entre blasfemias y entre juramentos,
con ojos de ansiedad siguen atentos
sobre un escudo resbalar los dados.

Como ciega, al azar, la suerte vuela,
un arquero de rabia el puño muerde
y blasfema de Dios, al ver que pierde
el último doblón de la escarcela.

Levanta el arco, y, con la faz sombría,
á los cielos dispara, mientras reta
la cólera de Dios con la mirada...

Más ¡oh, milagro! un grito de agonía
resuena en el azul... y la saeta
desciende hasta sus pies, ensangrentada!





NOCHE DE ÁNIMAS

A Rafael López.

Ahullan lobos por la serranía,
Ahullan vientos entre los pinares...
¡Oh, si no fuera por Santa María,
nadie tornara á pisar sus hogares!

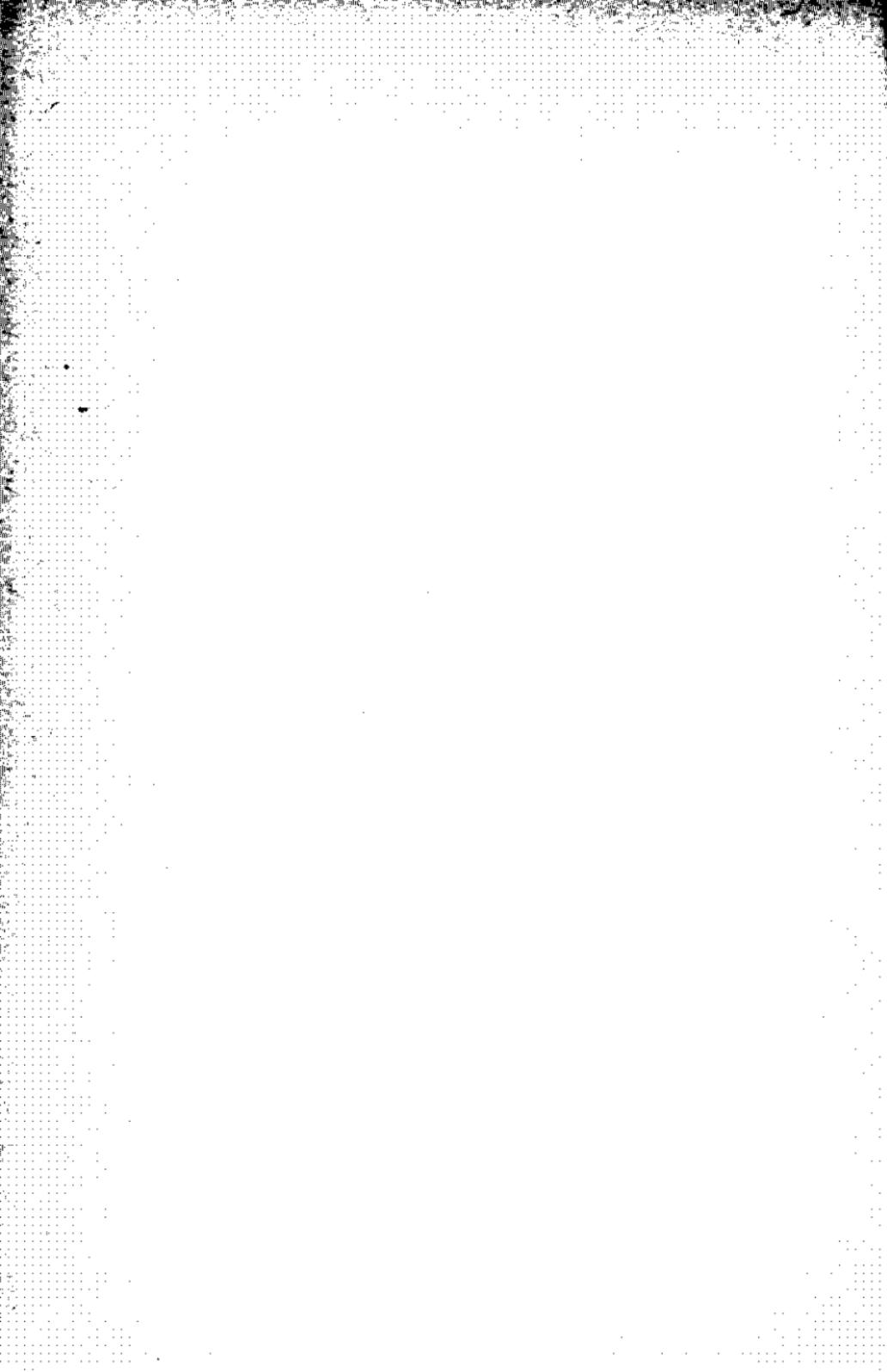
Duermen los pobres que Dios nos envía
acurrucados por esos pajares...
¡Ay del que pase la noche sombría
sobre un madero, perdido en los mares!

Se escucha un sordo rodar de cadena;
el cortinaje vivaz se extremece...
Nos levantamos del lecho, en camisa...

Es el fantasma de un ánima en pena
que en los espejos se nos aparece
para encargarnos, por Dios, una misa!



PERFUMES DEL ROMANCERO





BLANCA NIEVE

A J. M. Moya del Pino.

Anda en los huertos descalza y sin ropa,
en la alborada temblando de frío,
la princesita, cogiendo rocío
entre sus manos en forma de copa.

Viste un beirame que vale un tesoro,
y en el fulgente sopor de la siesta
va á perseguir por la verde floresta
las mariposas de luz y de oro.

Entre esculturas de marmol y plata
todas las noches su albor se retrata
en la ilusión de la clara laguna.

Y como rosas de niveos rosales
va recogiendo brazados de Luna
en la blancura de sus delantales.





ROSAURA LA INFANTINA

A Ricardo Marín.

Es cruel como un ogro Rosaura la Infantina.
Parece hija del diablo y de una concubina...
¡De sus manos te libre el Señor, golondrina,
pues saltará tus ojos con una aguja fina!

¡Lebrel, si amas la vida y conservarla quieres,
huye como de una víbora, si la vieres,
pues te dará resiente con puntas de alfileres!

A su puerta no toques, pobre mendigo anciano,
que está cerrada á todo sentimiento cristiano!
Te arrancará las barbas de plata con su mano...
¡Te echará á la pocilga donde gruñe el marrano!

¡El cuerno del viadante no soples, buen juglar,
ni á su presencia nunca te pongas á trovar,
que ella el laud, tu única gloria, te ha de quebrar!

!Es malvada!... Sus manos que envidian serafines,
por las que rompen tantas lanzas los paladines,
derriban los nidales que alegran los jardines
y matan las abejas con ramos de jazmines!

Y con sus escarpines de oro en el sendero
le troncha las patitas al implume jilguero
y aplasta á las hormigas que van al hormiguero!

¡Oh, pobre paje rubio que por el huerto en flor,
de la luna de marmol bajo el blanco fulgor,
vagas como una sombra, sollozando de amor,
hasta caer llorando al pie del surtidor!

Antes de ver los ojos que causaron tu pena,
¡más te valiera, paje, colgarte de una almena!





DESPUÉS DE ÁNIMAS

A J. J. Núñez y Domínguez.

El viejo castellano junto al hogar leía
un apergaminado libro de cetrería,
donde entre antiguas máximas de sabia erudición,
se habla del gerifalte, del nebli y del halcón.

Una dueña su eterno rosario mascullaba
cabeceando el sueño; sus gestos imitaba
agitando su roja caperuza, el bufón,
y al moverse sonaba su cascabel de hurón.

Silenciosa la joven señora el lino hilaba
en su huso de oro, y, á hurtadillas miraba
al pajecillo rubio que al pie de su escabel

sonriendo mimoso, con aire distraído,
estiraba hasta hacerle lanzar sordo gruñido
las largas y lanudas orejas de un lebrei.





EL LUCERO DE ORO

A Carlos Díaz Dufío.

1

Si con este cuerpo
quieres calentar
tu tálamo, Príncipe,
me tienes que dar
todos los tesoros
del arcón real!
—¿Por qué me rechazas,
si te he dado ya
todos los tesoros
del arcón real?

II

—Si con este cuerpo
quieres calentar
tu tálamo, Príncipe,
me tienes que dar
tu anillo de oro
y el cetro real
—¿Por qué me rechazas,
si te he dado ya
mi anillo de oro
y el cetro real?



III

—Si con este cuerpo,
quieres calentar
tu tálamo, Príncipe,
me tienes que dar
el lucero de oro
que brilla en el mar!

IV

¡A la mar fué el Príncipe...
y no ha vuelto más!
Y la niña llora,
gimiendo al llorar:

—¿Para qué tesoros
ni cetro real,
ni anillo ni estrellas,
si no ha de tornar
aquél cuyo tálamo
soñé calentar?

¡Malhaya quien quiere
á su amor probar!...

La niña está ciega
de tanto llorar...





LAS TRES PRINCESAS

A Luis Rocuaut.

Las princesas hilaban,
L hilaban las tres.

Una en rueca de oro, otra en rueca de plata,
y la otra en rueca de ciprés.

Violante es rubia y blanca;
leche y miel...

Mientras canta con voz queda,
con el más puro lino candéal

hila en rueca de oro
la nieve de un pañal...

Aminta es trigueña:
ojeras y rubor...

Su seno tiembla en el corpiño,
suspira trémula su voz,
mientras hila que hila en su rueca de plata,
inclinado el perfil virginal,
con los immaculados velones de un cordero
su velo nupcial.

Yolanda es morena;
ojos de tinieblas y pálida faz...

Llora en silencio, y con su cabellera
azul de tanta obscuridad,
en rueca de ciprés una mortaja
hilando triste y lenta va...

Las princesas hilaban,
hilaban las tres...
Una en rueca de oro, la otra en rueca de plata,
y la otra en rueca de ciprés.







TENIA UN LUCERO EN LA FRENTE...

A Luis Rosado Vega.

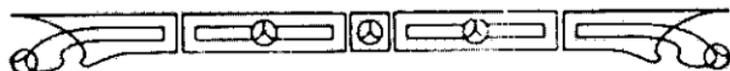
Persiguiendo una estrella se cayó en el sendero;
y al quitarle la venda que la herida cubría
notaron que tenía en la frente un lucero
que en la serena y clara noche resplandecía.

Para verlo gustaba mirarse en la laguna:
fulguraba en las aguas lo mismo que una perla...
Cuando entre los chopales asomaba la luna
huyó de su palacio... y nadie ha vuelto á verla!

Dicen que se encontraron á la orilla del río
al extinguirse el último diamante de una estrella,
lo mismo que dos lirios cubiertos de rocío,

sus chapines de raso sobre el musgo del puente...
Y esto es cuanto se sabe y se sabrá de aquella
princesa que tenía un lucero en la frente!





GARZAS REALES

A Eduardo Sánchez de Fuentes.

Pajecillo, pajecillo,
¿qué ha sido de mi doncel?

—Está volando una garza
en los jardines del Rey.

—La garza que su halcón vuela
la quisiera conocer.

—Nunca la miren tus ojos
porque ciega quien la ve.

—Más ya que no puedo verla
dime á lo menos quién es.

—Tres garzas tiene encerradas
en sus jardines el Rey...

Tres garzas, y son tan bellas,
Rosaura, Blanca é Inés,
que el que las mira no sabe
elegir entre las tres.

—Si garzas ajenas vuela
el halcón de mi doncel,
yo también tengo dos garzas
ocultas en mi vergel,

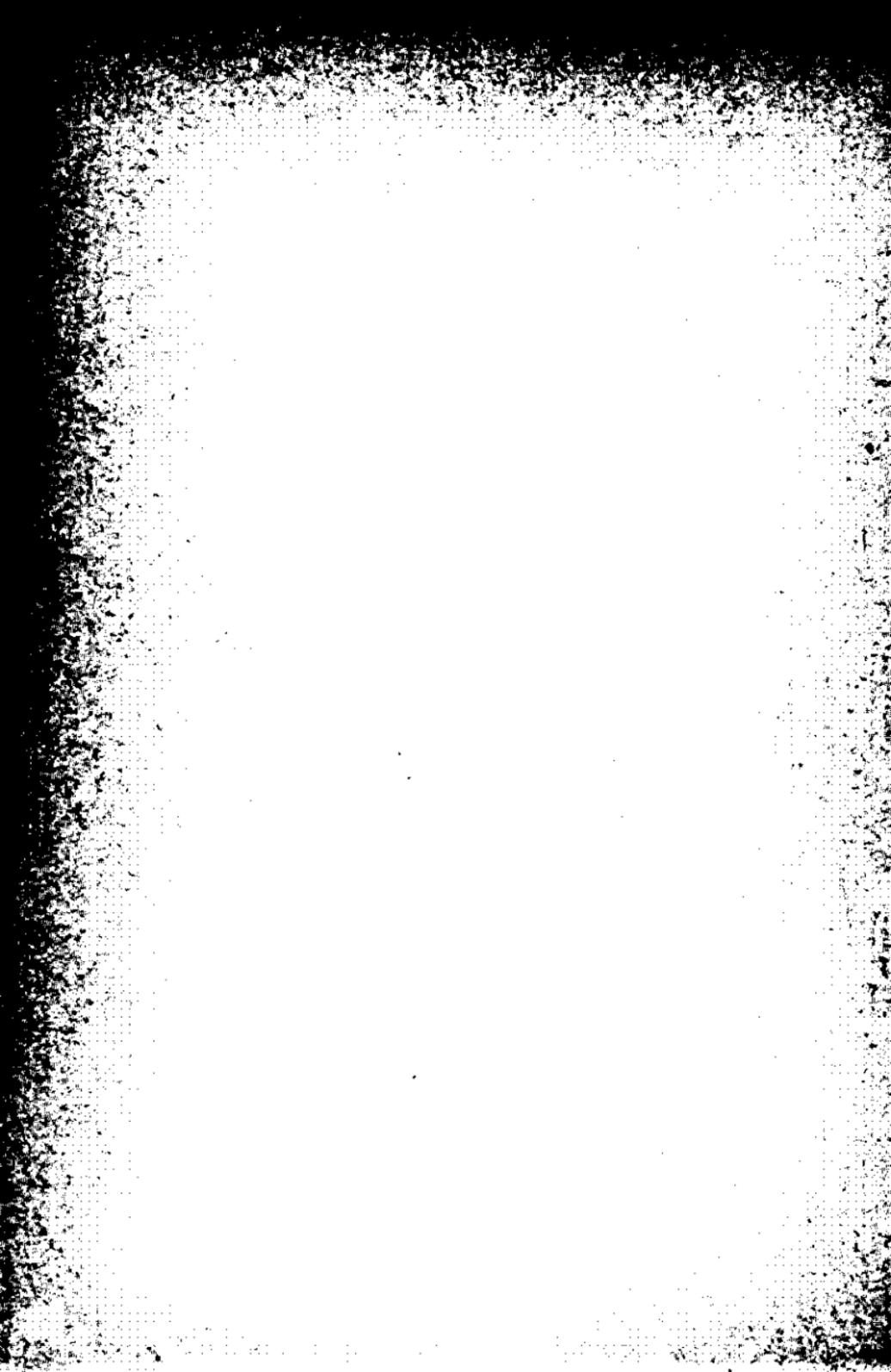
que con los piquitos juntos
en espera están de que
caiga el halcón sobre ellas
para volar á su vez.

Son más blancas que el armiño
de la túnica del Rey.
A su lado el terciopelo
áspero y misero es,

y hay una fresa en sus picos
más sabrosa que la miel!

Y sacándose los senos
los puso en las manos de él.
Y el paje prendióse de ellos
ávidamente, igual que
se prende á la ubre materna
el corderillo de un mes!







LA REINA MONJA

A Amadeu Freitas.

Es estrecha la celda para su desconsuelo,
Siempre el rudo silencio prendido en el sayal...
¡De tanto como reza hay hoyos en el suelo!
¡De tanto como llora ha brotado un rosal!

La pobre reina purga el don de una mirada,
limosna que le diera á un joven trovador...
Siempre ayuna de todo y siempre arrodillada,
con los brazos tendidos rezándole al Señor!

De nuevo se abre y sangra su corazón herido
recordando la noche cuando el Rey, su marido,
porque la sorprendiera contemplando á un juglar,

le dió con una jarra de vino en la cabeza
y la arrastró del pelo... La pobre Reina reza,
y descienden los ángeles para verla rezar.





GALANCINA

A Antonio Rey Soto.

I

Hijo mío, hijo mío,
yo lo quisiera callar...
Pero en tanto que tú ibas
con moros á guerrear,
á tu esposa Galancina,
hija del Conde Galán,
estos ojos que ya pronto
la tierra se comerá,

por el hueco de la llave
la contemplaron folgar
con un pajecillo rubio.
en tu camarín real ..
¡Si yo no la hubiese visto
no lo dijera jamás!

II

—A mi esposa Galancina,
hija del Conde Galán,
para que nunca con pajes
rubios se vaya á folgar,
le arrancarás los cabellos,
los ojos le saltarás,
y hasta las manos de nieve
y el seno le cortarás,
echándola de palacio
igual que se arroja á un cáñ!

No habrá mano que la guie
ni techo la acojerá...
¡Al que le ampare en sus cuitas
fiera muerte le has de dar!

Así, mesando su barba,
con descompuesto ademán,
le dice el Rey al verdugo,
que inmóvil y mudo está,
con el hacha sobre el hombro,
apoyado en el umbral!

III

—Los ojos me han arrancado,
y no puedo caminar...

¡Dame tu mano, buen hombre,
que Dios te lo pagará!

—¡Vaya con Dios, Galancina,
hija del Conde Galán;
la mano que yo te diera
el Rey mandara cortar!

IV

—Panadera, panadera,
si salió la hornada ya,
por nuestra Madre María,
dame un pedazo de pan!

—¡Vaya con Dios Galancina,
hija del Conde Galán;
si yo de mi pan os diera
el Rey me mandara ahorcar!

V

—Déjame, buena pastora,
en tu choza reposar,
y que me seque las ropas
en el fuego de tu hogar!

—¡Vaya con Dios Galancina,
hija del Conde Galán,
que techo que os preste amparo
el Rey por tierra echará!

VI

—Galancina, Galancina,
hija del Conde Galán,
si á tí con los pajes rubios
no te gustara folgar,
yo no te hubiese arrojado
de mi palacio real!

Así sollozaba el Rey
sobre fogoso alazán,
con el halcón en la diestra,
pues fuera al campo á cazar.

De tanto como ha sufrido
canosa su barba está;
de tanto como ha llorado
tiene surcos en la faz.

Por el cielo dos palomas
se ven, de pronto, cruzar,
y el halcón para seguiras
se ha perdido en un pinar.

VII

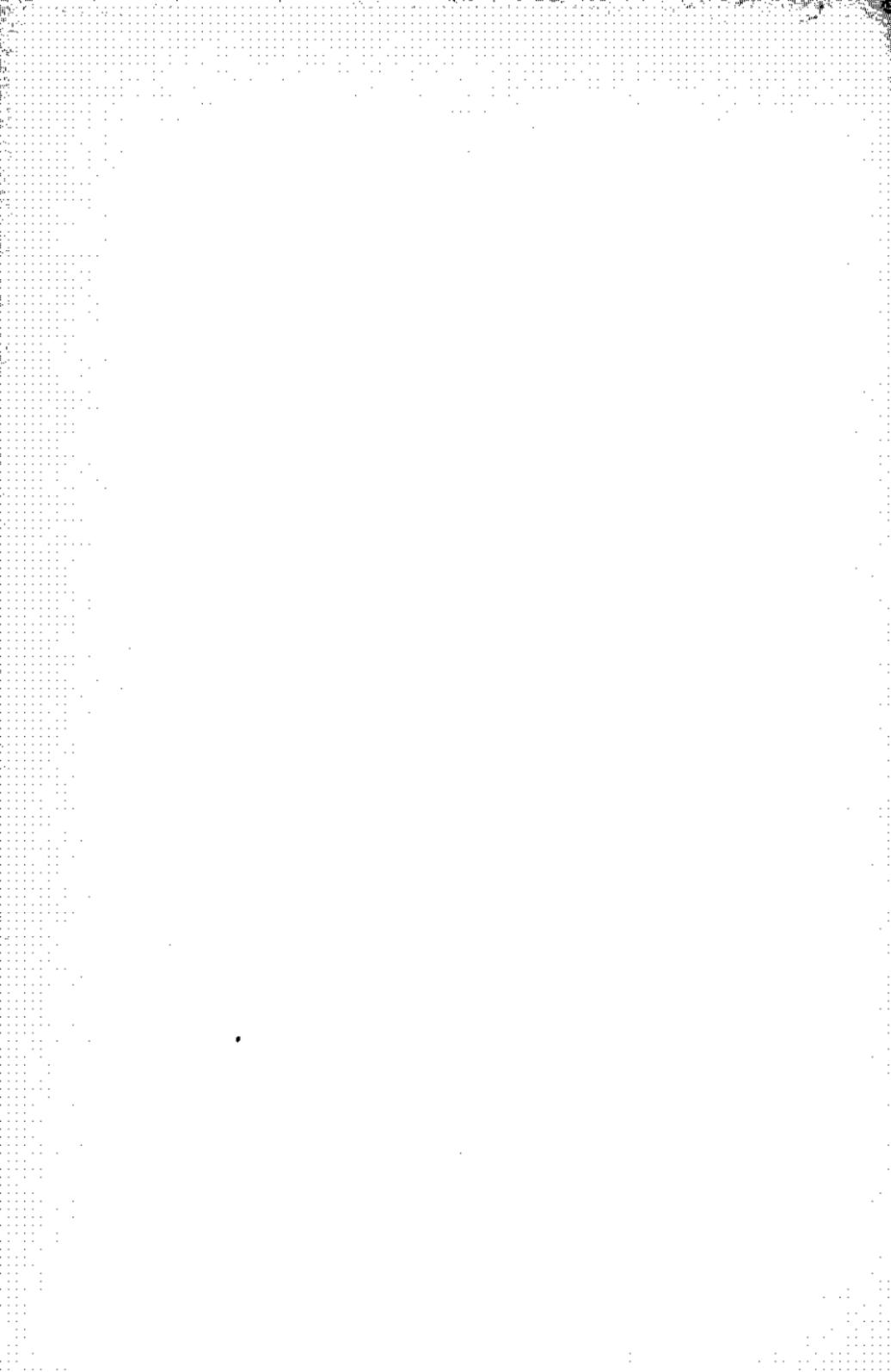
En el bosque, entre los pinos,
el Rey buscaba al halcón.
Buscándole halló una cueva
que brillaba más que el sol.

Sorprendido del hallazgo
en la cueva penetró,..
¡y qué cosas no vería
que pasmado se quedó!

Galancina estaba muerta
entre los lirios en flor:
sus senos son dos palomas,
sus ojos estrellas son;

y á sus pies, arrodillado,
sollozando á media voz
hay un pajecillo rubio...
El Rey de hinojos cayó,
¡porque el pajecillo rubio
es un Angel del Señor!







EN EL CLAUSTRO

A Froilán Turcios.

Fué terror de los nobles y espanto del villano.
Todo aquél que su nombre en el silencio oía,
como ante el maleficio de Lucifer, hacia
tembloroso el conjuro de la cruz con la mano.

Mas Dios tocó á su alma. Profesó en un convento.
Fué de hondad modelo y de virtud dechado.
Purificó su largo Carnaval de Pecado
con la santa ceniza del arrepentimiento.

Y al pie de un cruxifijo, callada y dulcemente,
como brota la sangre por una estrecha herida,
con una paz marmórea de sepulcro en la frente

y entre los yertos labios una sonrisa vaga,
al soplo de la muerte se disipó su vida
con el temblor de mística lámpara que se apaga.





LUNÁTICA

A Guillermo Andrade.

Inés ama á la luna que idealiza el paisaje
con sus fantasmagóricos reflejos hiperbóreos,
y para que la envuelva la plata de su encaje
gusta vagar, desnuda, por los patios marmóreos.

Con el chorro de un ánfora de alabastro, su mano
rebose de agua pura una fuente de oro
para ver de la luna el rostro casi humano
y besarle lo mismo que se besa un tesoro.

En la luz de sus rayos, con un gesto ligero
finge cortar jazmines de un blanco jazminero.
Huele sus manos como si tuviesen aroma...

Palpitante de alburas un débil grito exhala,
igual que si sintiese sobre su seno el ala
del Espíritu Santo en forma de paloma!





LAS FIESTAS DEL SÁBADO

A José Gálvez.

I

Ay, mañana es sábado,
que no salga el niño,
que mañana hacen
fiestas los judíos!

Y á la luz del alba,
con el hacha al cinto
al bosque por leña
se marchó el marido.

II

--Sentado en el puente
¿por qué lloras, niño?

—Mandóme mi madre,
mandóme por vino,
mas ¡ay, que la jarra
rompí en el camino!
y al volver á casa
mi madre, en castigo
romperá en mi espalda
el huso del lino.

— Enjuga tus lágrimas,
y vente conmigo.

Yo te daré un jarro
de oro purísimo,
lleno hasta los bordes
del más dulce vino.
Te daré confites,
ciruelas é higos,
y hasta un traje nuevo
para los domingos.

Así dijo el viejo
astuto y ladino,
y tras él, llevóse
de la mano al niño.

III

En la sinagoga,
al trémulo brillo
de las siete lámparas
y los siete cirios,
la noche del sábado
celebran judíos.

Tiembla agonizante
el cuerpo del niño
en la cruz clavado
como Jesucristo.
De abrojos y espinas
su frente han ceñido...
La sangre gotea
por sus negros rizos...

Tiene una mordaza
para ahogar sus gritos...

Van á dar las doce...
El viejo judío
con una lanzada
su costado ha herido...
y en vasos de oro
los otros judíos
se beben la sangre
caliente del niño!

IV

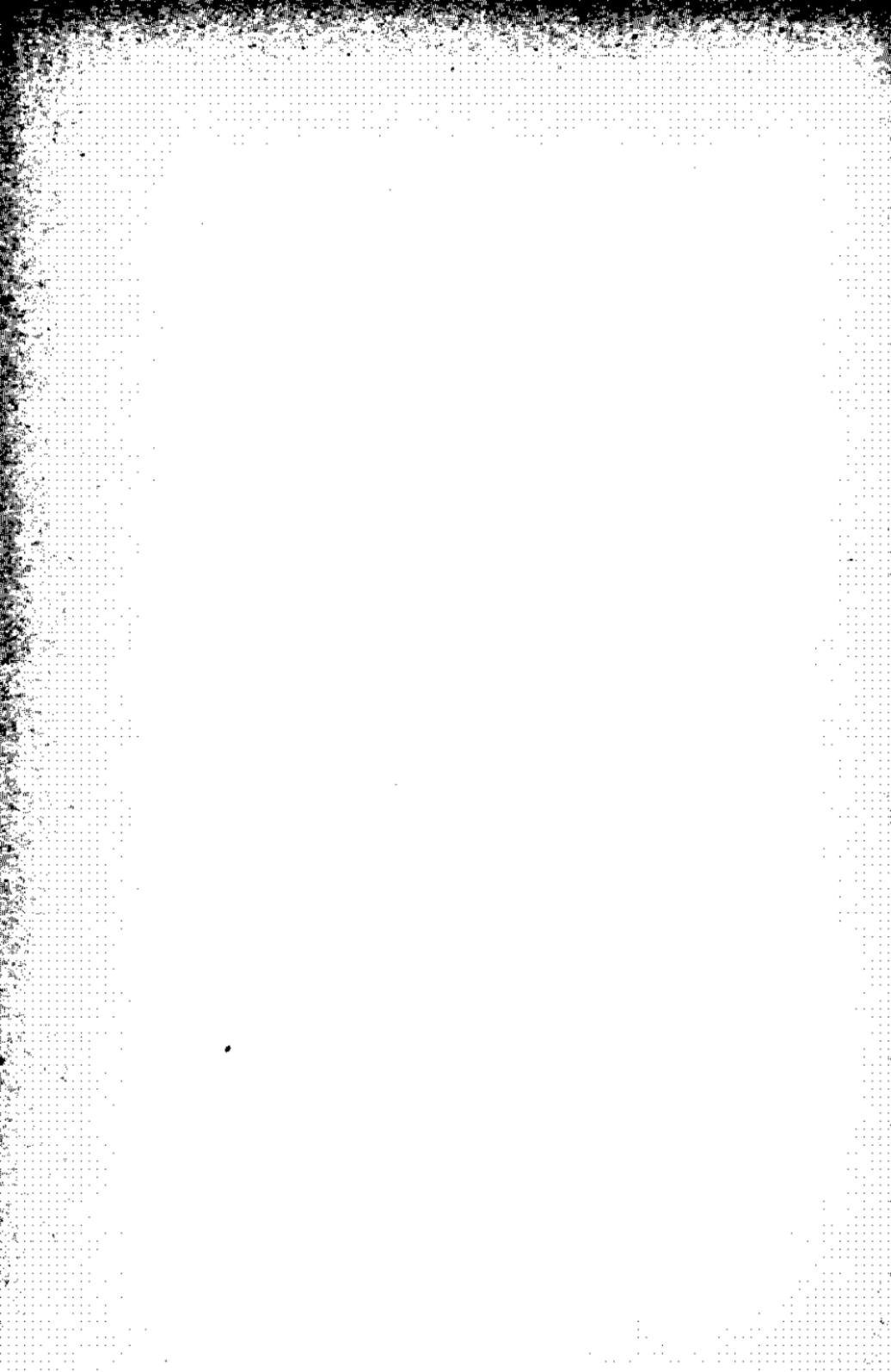
Del bosque por leña
regresó el marido,
á la luz del alba
con el hacha al cinto.

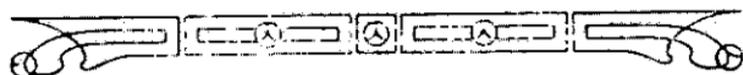
Su mujer, en medio
de deudos y amigos,
se mesa el cabello
dando fuertes gritos:

—Al niño ayer tarde
le mandé por vino;
le mandé... y no ha vuelto...

¡Con razón me dijo
mi esposo, al marcharse:
¡que no salga el niño,
que mañana es sábado,
fiesta de judíos!







MACÍAS EL ENAMORADO

A Francisco F. Villegas.

En su prisión han hallado
desangrándose á Macías
el doncel enamorado
de las lánguidas poesías...

Un dardo le han arrojado
por entre las celosías...
¡Malhaya quien ha tronchado
la fresca flor de sus días!

Culpan á mano celosa
de muerte tan alevosa...
mas yo juro por los cielos

que están todos en error...
¡No le han matado los celos
que le ha matado el amor!





EN EL ALCÁZAR DE SEVILLA

A Carlos Villafañe.

Sevilla... En el Alcázar
vagan los cortesanos
bajo los limoneros
floridos de los patios.

A todas partes miran
los ojos azorados;
y al puño del acero
prestos á desnudarlo
se llevan por instinto
las temerosas manos.

En grupos cuchichean...
Sobre los rostros pálidos
proyectan las palomas
como un temblor de espanto.

Don Fadrique está livido
como un desenterrado;
y don Enrique, inmóvil
se apoya en un naranjo
que derrama piadoso,
sobre su faz de mármol,
una lluvia fragante
de pétalos nevados,
al roce fugitivo
de las alas de un pájaro.

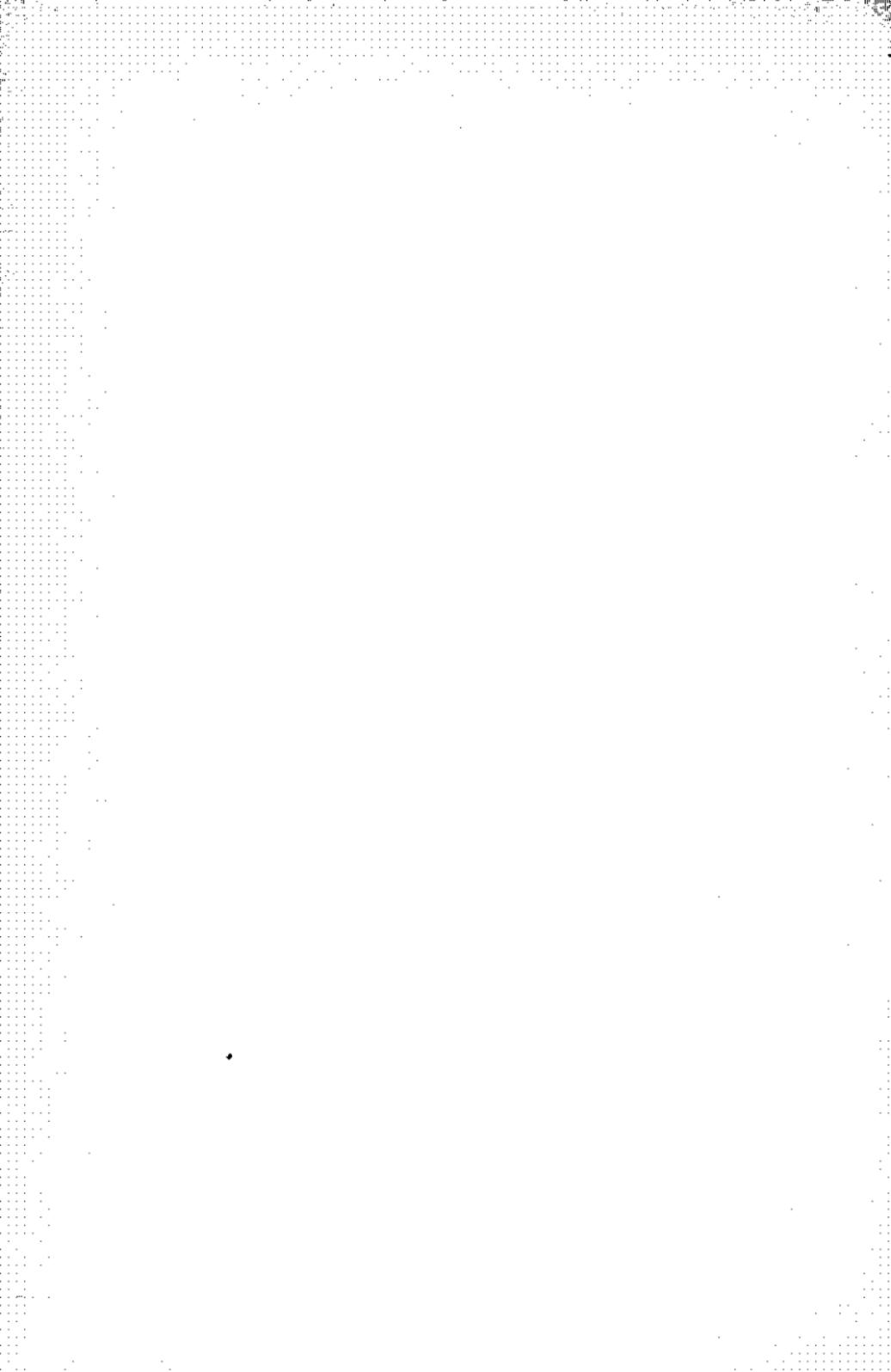
Juan Diente, se pasea
con la ballesta al brazo...
Patibularios rostros
de escuderos armados
de cuando en cuando asoman
bajo los claros arcos.

De pronto todos callan...
Suenan un rumor de pasos...
Las rodillas se doblan
y se crispan las manos...

Y don Pedro aparece
apoyado en el brazo
de la Padilla. Sobre
su jubón enlutado
se abre la roja herida
de la cruz de Santiago.

Y un león del desierto,
rugiendo y dando saltos,
le sigue, como un perro,
lamiéndole las manos.







RETRATO MEROVINGIO

A Julián de Ensiso.

Abre un águila sus alas sobre tu casco de oro;
desciende un manto de armiño por tus espaldas de aleta,
y tu diestra blanca y firme, como quien muestra un tesoro,
un cetro de pedrería y un áureo globo sujeta.

Fluye blanca y ondulante tu barba de padrerío
sobre el pectoral de gemas de la túnica escarlata,
y hay en tus labios voraces un gesto de desafío
y una imperiosa soberbia en tu mirar se retrata.

Tu negro corcel de guerra lleva la mano de un paje
de las púrpuras bordadas del recamado rendaje;
y en la silla de brocado tu Imperial perfil avanza.

Y entre el formidable estruendo de roncás trompas de guerra,
se nubla el sol y retumba estremecida la tierra
al cabalgar tus guerreros como un gran bosque de lanzas.





RONCESVALLES

A Luis Morote.

Por las cóncavas guájaras vibra el cuerno de guerra.
Avalanchas de troncos despéñanse del monte.

Un choque de corceles extremece la tierra
Y huracanes de polvo velan el horizonte.

Hundido el acicate y mellado el acero
Carlomagno se escapa también, á toda brida,
y entre todos destácase por su perill severo,
por su manto de armiño y su barba florida.

Sigue el cuerno de guerra aullando en las quebradas,
y fingen los corceles en su carrera loca
un vuelo de sonoras y férreas tempestades.

Y Roldán, moribundo, para quebrar su espada,
de un solo tajo hiende de raíz una roca
lo mismo que el que parte un pan en dos mitades.





LA LEALTAD

A Angel Avilés.

Justicia, Rey y esposo, contra ese mal nacido
que la copa de oro donde tu labio bebe
á profanar con una mirada se ha atrevido!
así clamó, celosa, la Reina Blanca Nieve.

El Rey tiene el aspecto de un león enjaulado.
A compás de su pecho la barba temblequea...
Y delante de todos llamar hace al osado,
y con gritos de cólera su proceder le afea.

Y así el Conde responde con voz serena y clara.
—Ni el aliento más leve ha empañado mi acero...
De ser fiel como nadie ante mi Rey me ufano...

¡Si mi mano os ofende, la mano me cortara!...
Y sacando la espada, con un golpe certero
á presencia de todos, se cercenó la mano.





JUNTO AL FUEGO

A Francisco Rodríguez Marín.

Bajo la blasonada chimenea
mientras se van cociendo las castañas
y un tronco secular chisporrotea,
narra un viejo soldado sus hazañas.

«Cuando á Don Juan de Austria vi en Lepanto.»
«Cuando el Duque de Alba llegó á Gante...»
y un ardor juvenil cubre entretanto
la caduca expresión de su semblante.

—Por un noble y romántico amorío
dí muerte á un capitán en desafío...
Después el nombre del difunto nombra

y un «gloria goce» lentamente exhala...
y esgrimiendo un tizón con él señala
cuchilladas de púrpura en la sombra!





BRONCE DE RAZA

A Luis Palomo.

El se llama Ramiro, Nuño, Alfonso ó García,
y ella Beatriz, Violante, ó Leonor ó Isabel;
nombres de hierro y oro, de fuerza y de poesía
que perfuman las rosas y decora el laurel.

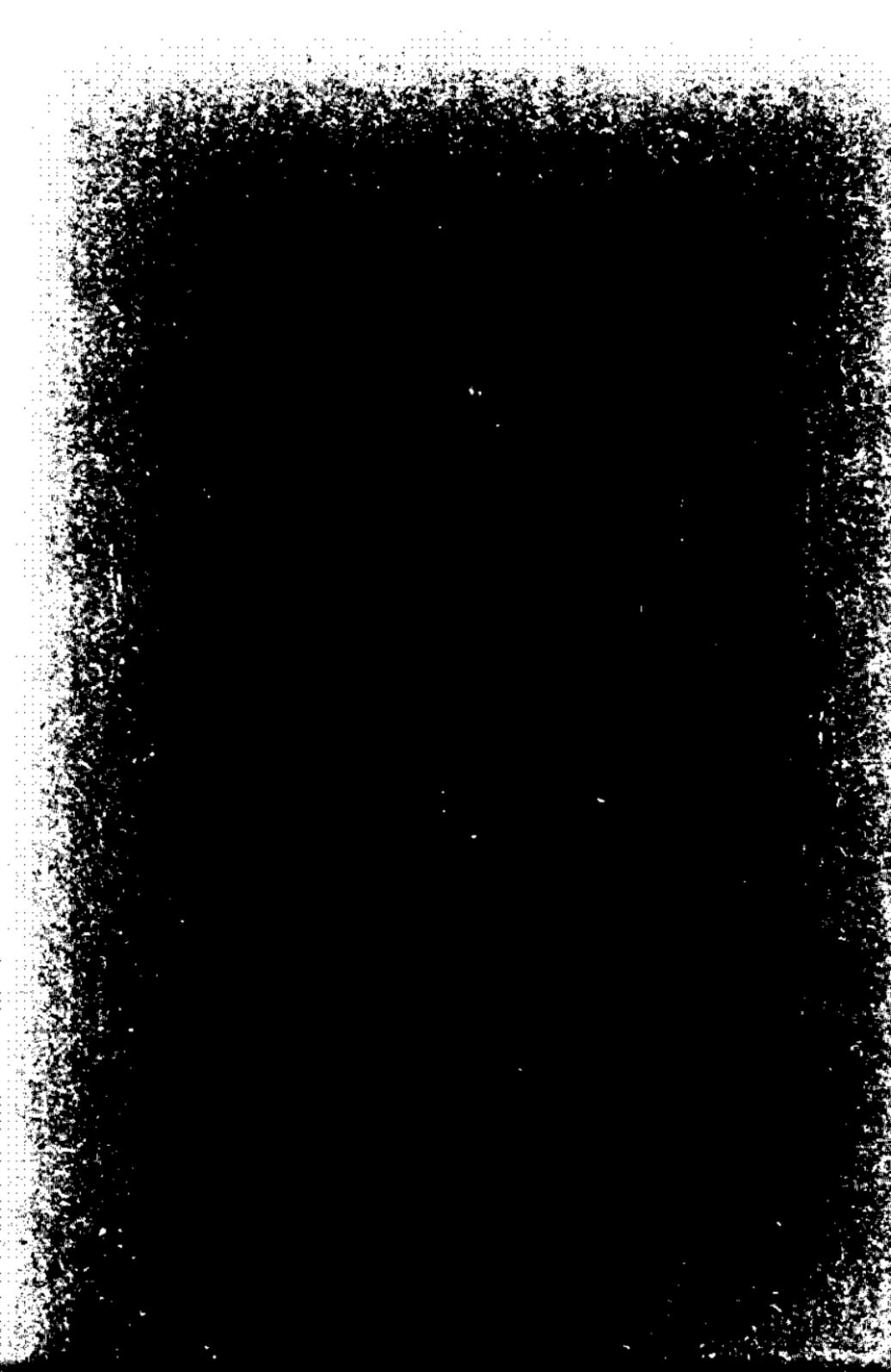
Él marchóse á la eterna guerra con el infiel,
y ella reza de hinojos á la Virgen María,
hasta que emocionada, bajo la celosía,
escucha en el camino relinchar su corcel.

Él á su hijo enseña á manejar la maza
y ser muy fuerte, y ella á ser noble y sencillo:
el uno templea el alma, y la otra el corazón,

Y así forjóse el bronce inmortal de esta raza
que tuvo prisionero al sol en su castillo
y detuvo la esfera con garras de león!



EL ROMANCERO DE ALARCOS





EL ROMANCERO DE ALARCOS

A Francisco de P. Valladar.

i

Por el camino del Puerto,
igual que lobos, aullando,
han penetrado los moros
en tierras de los cristianos;
y tantos y tantos vienen
que nadie puede contarlos!

¡Cuánta divisa en los petos,
y cuánta pluma en los cascos!
¡Cómo flotan las banderas
y los alquiceles blancos!

En los hijares la espuela,
tendidos en los caballos,

embrazadas las adargas,
la fuerte lanza en las manos,
como bandas de langosta
han asolado los campos...

¡y hasta la hierba del suelo
se va secando á su paso!

¡Ay del castillo frontero,
ay del mísero poblado,
en cuyos muros descargue
la cólera del nublado!

Arrasarán las viviendas;
sembrarán de sal los campos;
é igual que lobos hambrientos
sobre indefensos rebaños,
saciarán su sed de sangre
en sangre de los cristianos!

¡Ay, cuánta infeliz doncella,
con el rostro entre las manos,
ciegos de llorar los ojos,
los cabellos destrenzados,

le dirá adiós á la tierra
donde cayera luchando
para pasto de los cuervos,
el novio, de cuyos brazos
para llevarla cautiva
los moros la arrebataron!

Los caminos de la sierra
todos se miran poblados
de mujeres y de niños,
de pastores y de ancianos,
que con sus pobres enseres,
sus vacas y sus rebaños,
van á buscar un refugio
en los muros de Santiago...

¡Apostol de las Españas,
no les dejes sin amparo!
Calza tu espuela de oro,
monta tu caballo blanco,
¡y vé á socorrer al Rey,
que viene huyendo de Alarcos!

ij

Por folgar con moras
de la Morería,
Dios ha castigado
al Rey de Castilla!

La Guerra y la Peste,
dos buenas amigas,
invaden el reino
y asolan las villas;
y todos á ellas
rinden pleitesía.

No muele el molino...
¿y qué molería
si la mies de ogaño
mató la sequía?

Vellones de nieve
la rueca no hila...
Está en los lagares
la cuba vacía,
pues hasta la hierba
se secó en Castilla!

Llegaron los moros...
Asolan las viñas,
arrasan castillos,
queman alquerías,
talan nuestros campos,
y llevan cautivas
á nuestras mujeres
á la Morería...

Nuestros campeones
huyen á su vista,
y hasta Don Alfonso
¡quién se lo diría!
á uña de caballo
se libró la vida,

que si así no fuera
no la librería!

¡Por folgar con moras
de la Morería,
Dios ha castigado
al Rey de Castilla!

lil

—Castellana, más hermosa
que flor de Jerusalém,
blanca como la azucena
y rubia como la miel,

¿por qué la rueca de plata
en donde hilabas ayer
tu blanco velo de bodas
yace roto ante tus pies?

—Mi amado se fué á la guerra
á combatir por su Rey.
Yo una sortija de oro
en su anular coloqué...
Hoy trajeron la sortija,
y su caballo... sin él!

—Lavandera que en el río
á la sombra de un rosal,
como la Virgen María
estás lavando un pañal,

¿por qué no alegras ahora
la fuente con un cantar?

¿Por qué lloras tanto y tanto
que parece que el pañal
en vez de lavarlo en agua
lavándole en llanto estás?

—Porque el padre de mi hijo
se fué al campo á guerrear.
El niño tiende los brazos
y le llama sin cesar;
más á su cuna á besarle
su padre nunca vendrá!

—Molinera, molinera,
¿quién el molino paró?
El agua espeja en los cubos
el oro tibio del sol,
pero la piedra no muele
ni canta alegre tu voz.

Llorando estás á la puerta,
y es tan honda tu aflicción
que el mastín el lomo eriza
y da aullidos de dolor.

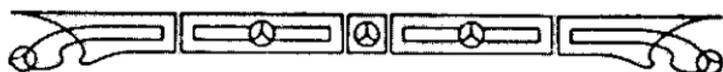
—Mi hijo á servir á su Rey
á la guerra se marchó...
¡Todos de la guerra han vuelto
y mi hijo aún no volvió!
Y sin él, este molino
¿para qué le quiero yo?

—¿Por qué la viña está seca
y el prado es un erial?
¿Por qué la fragua no suena?
¿Por qué los bueyes están

escuálidos y encerrados
sin ir al prado á pastar?

—Los brazos que trabajaban
quedaron bajo otra luz,
en el campo de batalla
abiertos como una cruz!





LAS NAVAS

Los peregrinos que van á Santiago,
Los peregrinos son más que las hojas
y los luceros que cubren el lago...
Mantos de armiños y túnicas rojas...

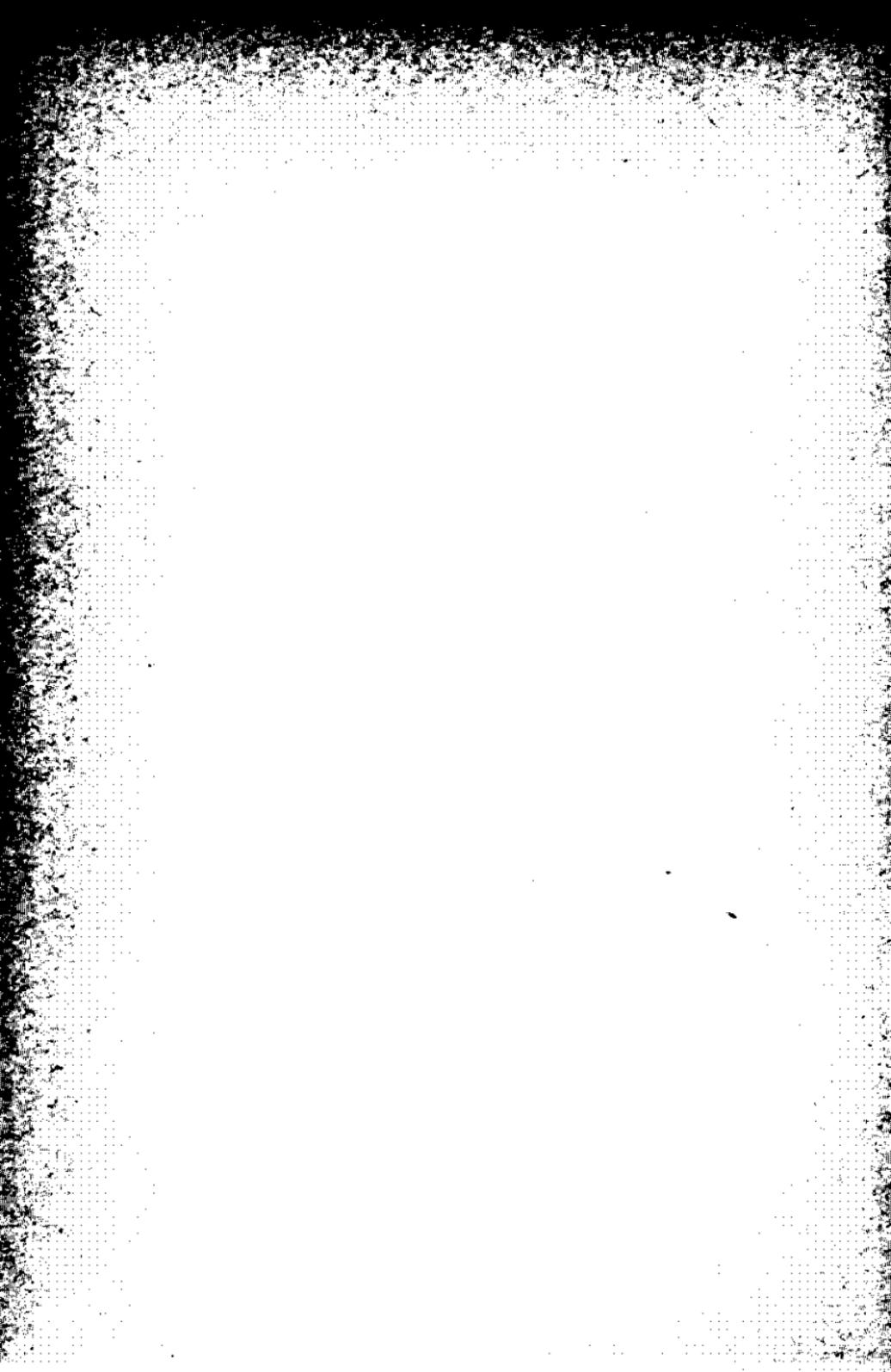
Mitras, coronas; barones y abades...
el Rey solemne sentado en su trono...
¡Todas las glorias de las Cristiandades
van á dar gracias al Santo Patronol

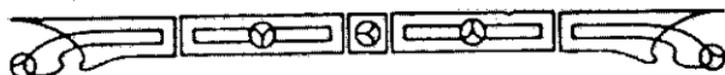
Todos han visto al Apostol Santiago
relampagueantes sus armas de oros
en los infieles causar un estrago...

Para vengar los antiguos reveses
iba segando cabezas de moros
como quien siega gavillas de mieses!



EGLOGAS





ALDEANA

A Andrés A. Mata.

A misa primera toca la campana...
Alegran el sucio gris de la mañana
la saya amarilla y el refajo grana
con que se endominga la moza aldeana.

Despuntando al paso zarzas y romeros
—cencerros, balidos—, cruzan los corderos;
mugén las vacadas, cantan los boyeros,
y un olor á establo flota en los senderos.

Entreabierto el pico, con la cresta erguida,
canta un gallo sobre la tapia florida.
Despierta en los cauces el agua dormida,
y su plata sangra por la luz herida...

Desfila una recua. Entre los malces
laten los pachones tras las codornices;
y el sordo y remoto rumor de un disparo
desfleca sus humos en el aire claro.

Con sus negras tocas que aroma el romero,
las viejas beatas fingen un reguero
de hormigas que arrastran su grano al granero,
y entran en la iglesia como en su hormiguero,

—Dígame, comadre: ¿cómo va la hornada?
—¿Está ya en la era la parva trillada?
—La vaca no come, ¿sí estará embrujada?
—¡Dios guarde á las viñas de otra nueva helada!

Así por las calles su voz garraspea,
mientras la campana loca dondenea,
y el primer reflejo de la luz chispea
en la puntiaguda torre de la aldea.





CANTAR DE CIEGO

A César Miranda.

Sentado en el suelo,
al pie de los álamos,
allí donde forma
el río un remanso,
á los peregrinos
tendidas las manos,
el ciego cantaba.

Tan triste es su canto
que hasta las doncellas
detienen el paso.

Le dan pan y uvas,
queso de este año,
y á sus labios secos
acercan el cántaro.

Y algunas se alejan,
con los ojos bajos,
en los delantales
ocultando el llanto!

El ciego cantaba
al pie de los álamos:

—¡Por ver á la Reina
desnuda en el baño,
con hierros candentes
mis ojos saltaron!...

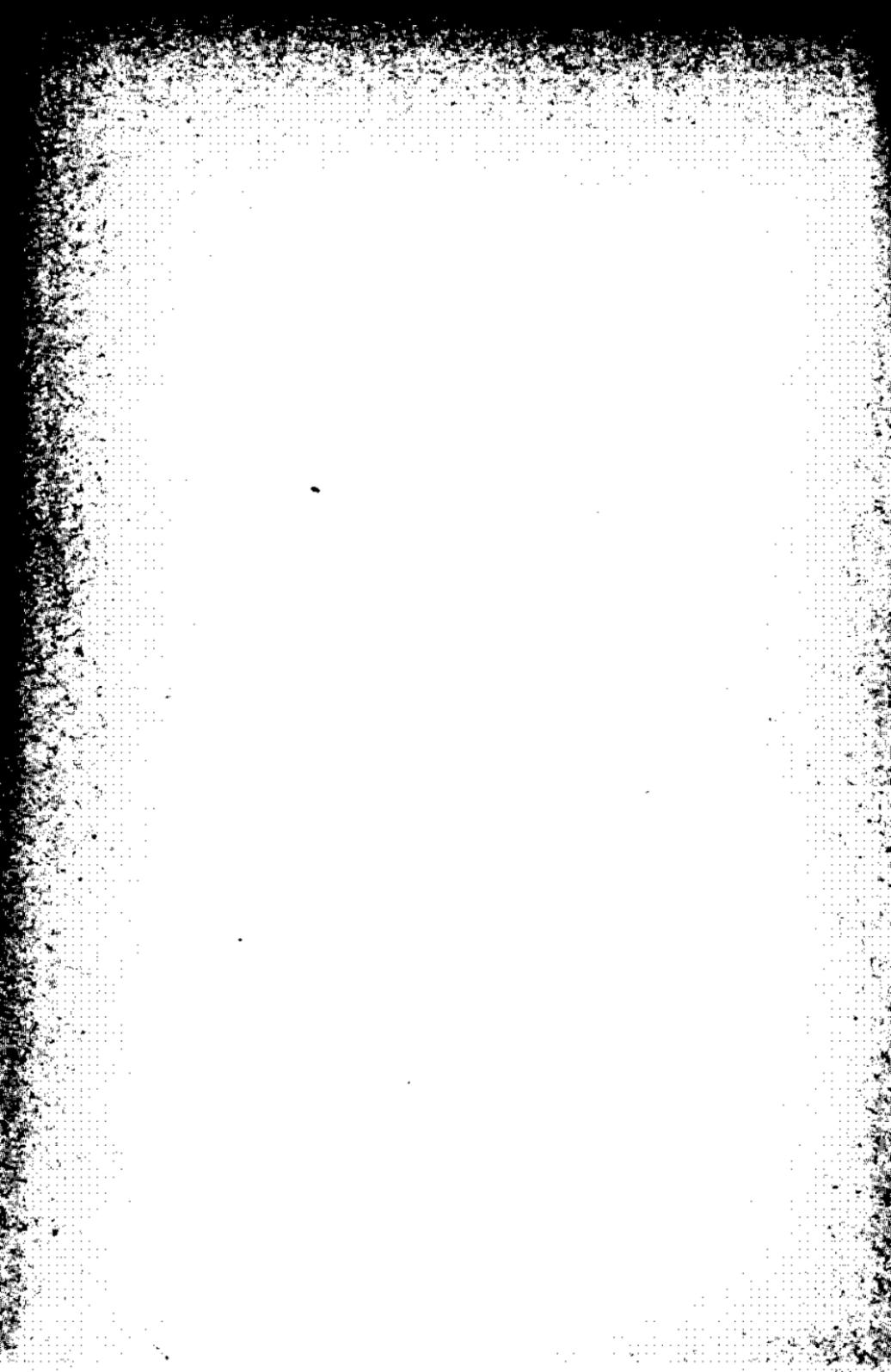
Resonando esquilas
pasan los rebaños;
y los corderitos
le lamen las manos



y en ellas le dejan
sus vellones blancos...

El ciego cantaba
al pie de los álamos...







MATINAL

A Ribeiro de Carvalho.

Ramoneando zarzas y vallados
atraviesa, á lo lejos, un pollino
cuyo roncal describe complicados
garabatos de polvo en el camino.

El cabello y la faz enharinados
tras él divaga el chico del molino,
silbando viejos aires olvidados
de ingénuo repertorio campesino.

En los montes florece la mañana,
Llama á misa la voz de la campana...
El zagal se santigua reverente,

mientras su negro hocico hunde el pollino
en la acequia que corre en el camino,
y bebe el agua religiosamente!





LA BALADA DEL MOLINO

A José Ortega Morejón.

Molinera, molinera,
¿qué ha sido del ruiseñor
que al rumor de la molienda
entonaba su canción?

—Para enjaularle, una mano
de su nido le arrancó,
y hoy de pena muere entre
los hierros de su prisión.

—Molinera, molinera,
¿qué viento de tempestad
ha deshojado las rosas
que perfumaban tu faz?

—Mis rosas han deshojado
los labios de mi galán...
¡Maldito el beso que deja
sin una flor el rosal!

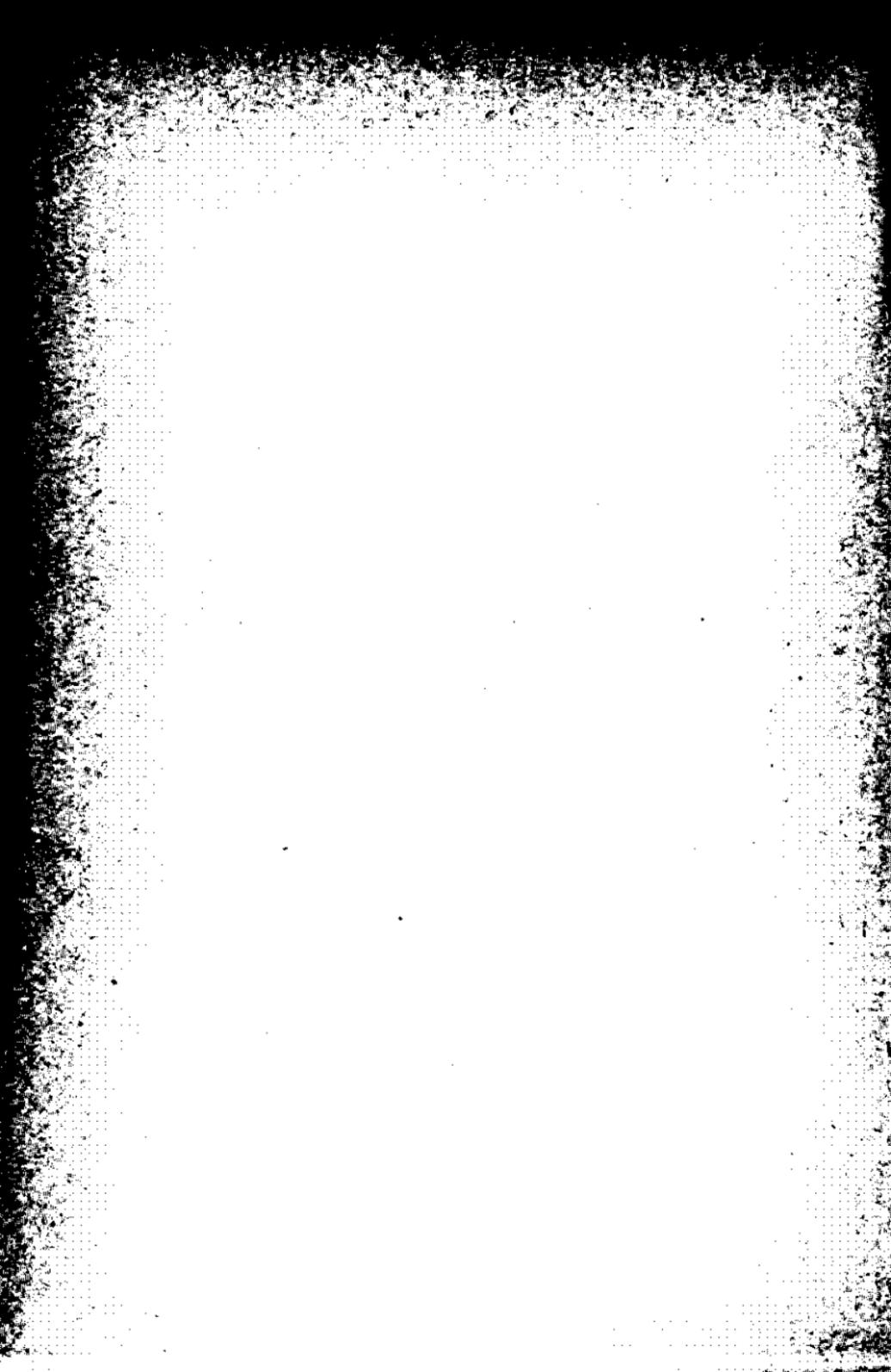
—Molinera, molinera,
por qué siempre triste estás,
enjugándote las lágrimas
con tu blanco delantal?

—Mi amado me dió, al marcharse,
su palabra de casar...
¡Malhaya la que confía
en palabras que le dan!

—Leñador que con tu carga
vuelves alegre á tu hogar,
dime ¿por qué ese molino
parado y sin vida está?

—Porque ayer la molinera
en el cubo se arrojó,
y como no pasa el agua
el molino se paró.







ALBORADA

A Antonio Palomero.

Entre los verdes setos del camino
rasgando la neblina gris, humea
la geórgica blancura del molino.

En el marco de luz de mi ventana
con un temblor agónico azulea
sus pálidas turquesas la mañana.

Bajo las alamedas corre el río
y entre los verdes juncos silabea,
despertando al dormido caserío

¡Campanita de plata, toca á misa,
vierte en el aire tu temblor sonoro!...
¡Repica más deprisa, más deprisa,
que á los rayos del sol serás de oro!

Se oye llorar á un niño que despierta;
algún cedazo tragar se siente...
Toses lejanas... De una casa abierta
sale un sabroso olor á pan caliente.

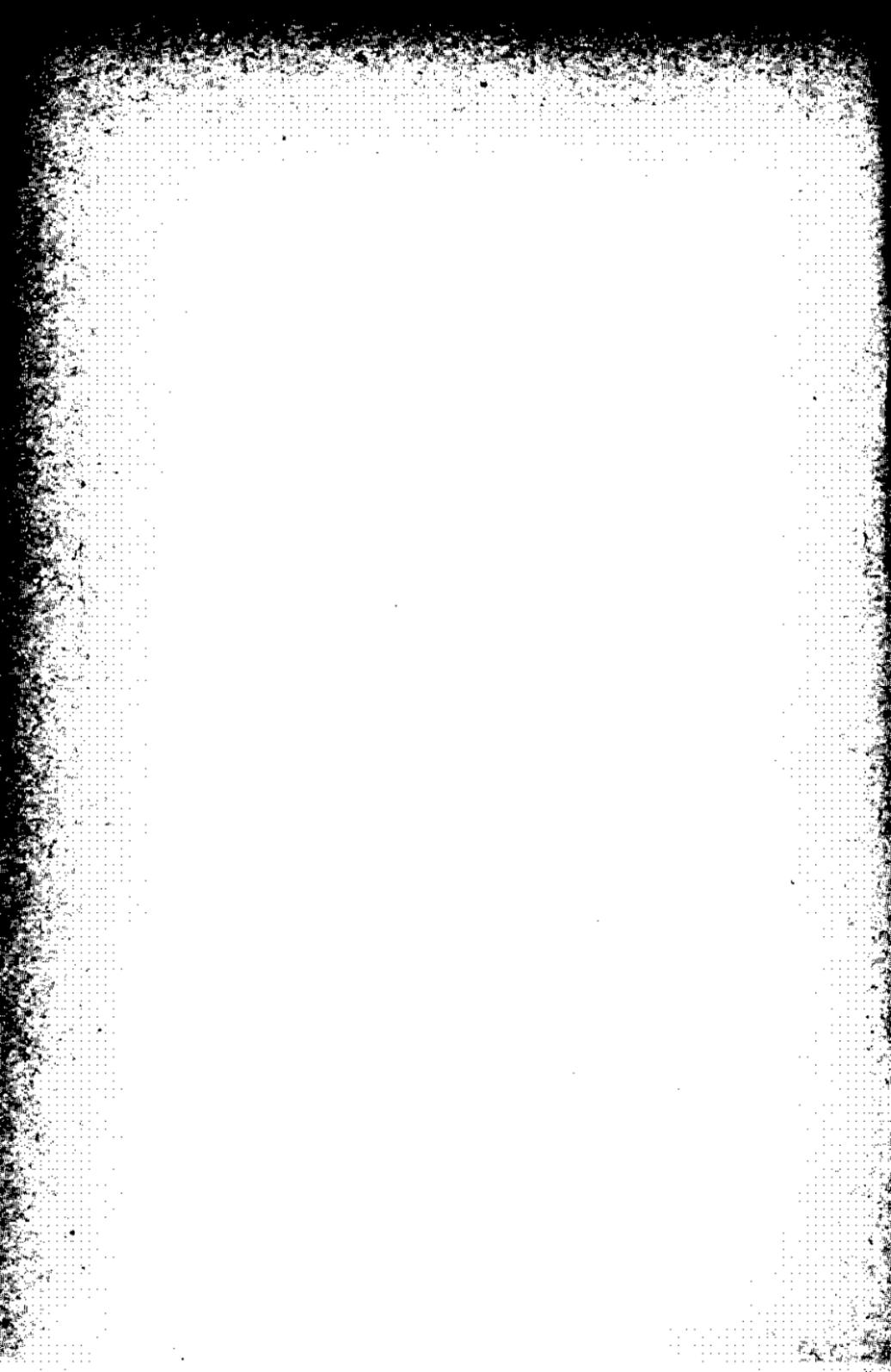
Por el camino canta un arriero;
un gallo en el bardal toca diana...
¡Tiene un rústico aroma de romero
el floreciente azul de la mañana!

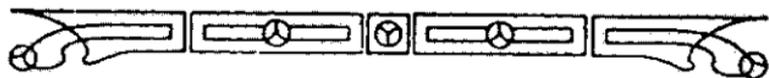
Al abrir el balcón, ansias sentimos
de bajar á los huertos otoñales
á picar, como aves, los racimos
que doran el verdor de los parrales!

¡Campanita de plata, toca á misa,
vierte en el aire tu temblor sonoro!...
¡Repica más deprisa, más deprisa,
que á los rayos del sol serás de oro!



TROVAS





EN PROVENZA

A Gilberto Baccari.

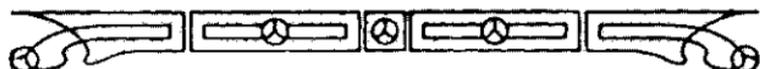
En los estrados sonríe el Señor
á la Condesa de rico brial,
mientras que rima galán trovador
una fragante canción provenzal.

Dulce deslíe sus trovas de amor:
aureas abejas su miel libarán...
Los ruiseñores no trinan mejor
bajo las lunas en flor de San Juan!

A sus compases entorna el lebel
sus casi humanas pupilas de miel;
y enamorada de su bandolín

por la florida ventana ojival,
entre las ramas del verde jardín
muestra la Luna su faz de cristal!





TROVAS

A Felipe Valderrama.

I

Siempre suspirando,
rosa carmesí;
siempre suspirando...
y siempre por tí!

Te vieron mis ojos
un amanecer...
te vieron mis ojos,
y no han vuelto á ver!

¡Fuentecita clara
déjame saciar
en tus aguas claras
esta sed de amar!

Corderito ciego
oliendo tu pie...
¡Como estoy tan ciego
nunca te veré!

Siento tu perfume,
rosa carmesí;
siento tu perfume
sin hallarte á tí!

Extiendo las manos
buscando el rosal;
más en vez de rosas
me hiere un zarzal!

II

—Lirio de los valles
¿qué ángel del Señor
al pie de qué blanco
jazminero en flor,

con qué luz de estrella
ó con qué vellón
en huso de plata
tu túnica hiló?

—No fué ningún ángel
el que me vistió...
La luna de Mayo
su traje me dió...

—¡Oh, luna de Mayo,
dame tu color,
dame un traje blanco
como al lirio en flor,
que con él quisiera
vestir á mi amor!

III

—Nevada de luna
alumbra tu puerta...

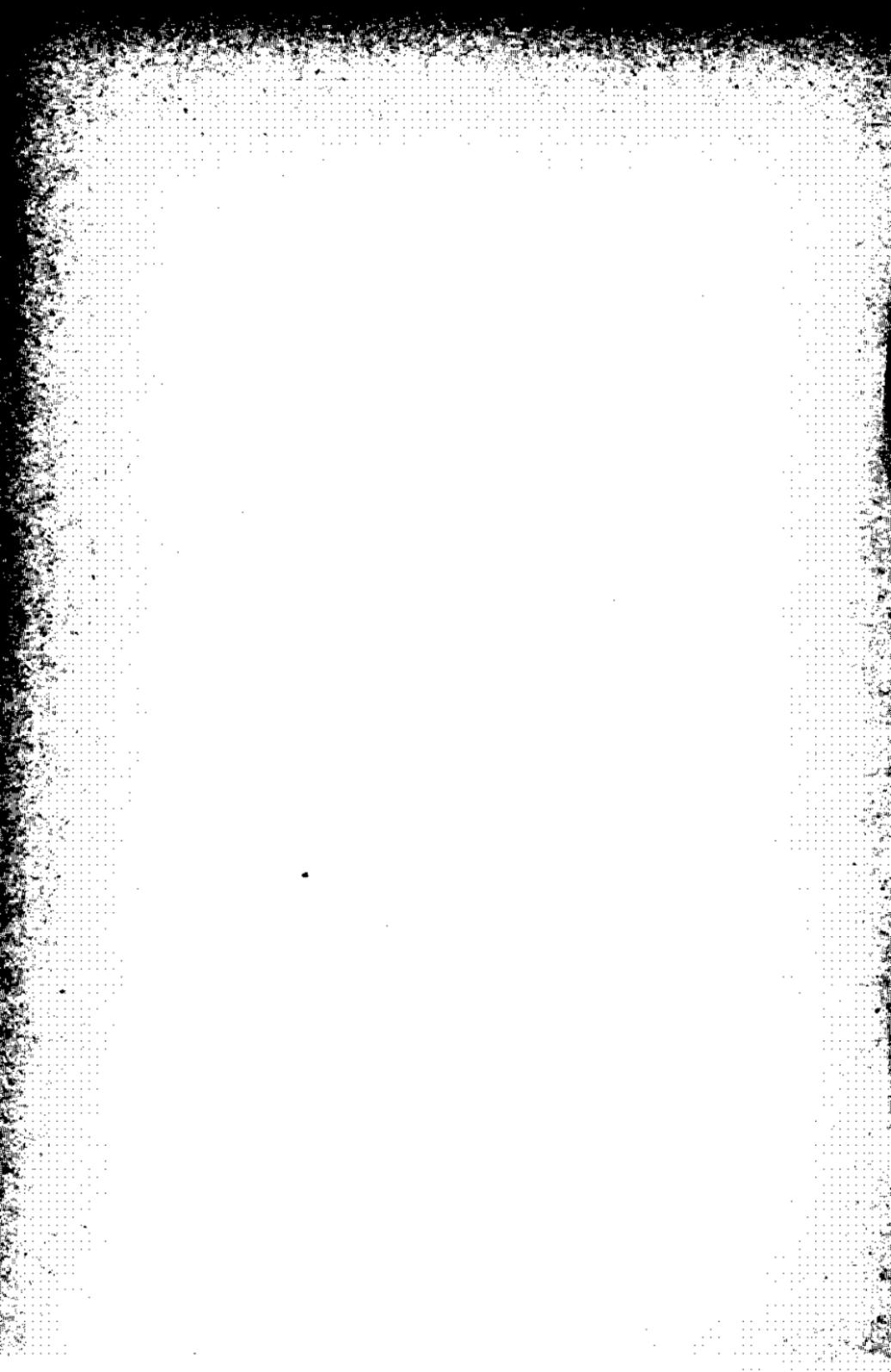
—No es la luna. Es
mi amada que entra.

—¿Qué nardos derraman
su olor en el viento?

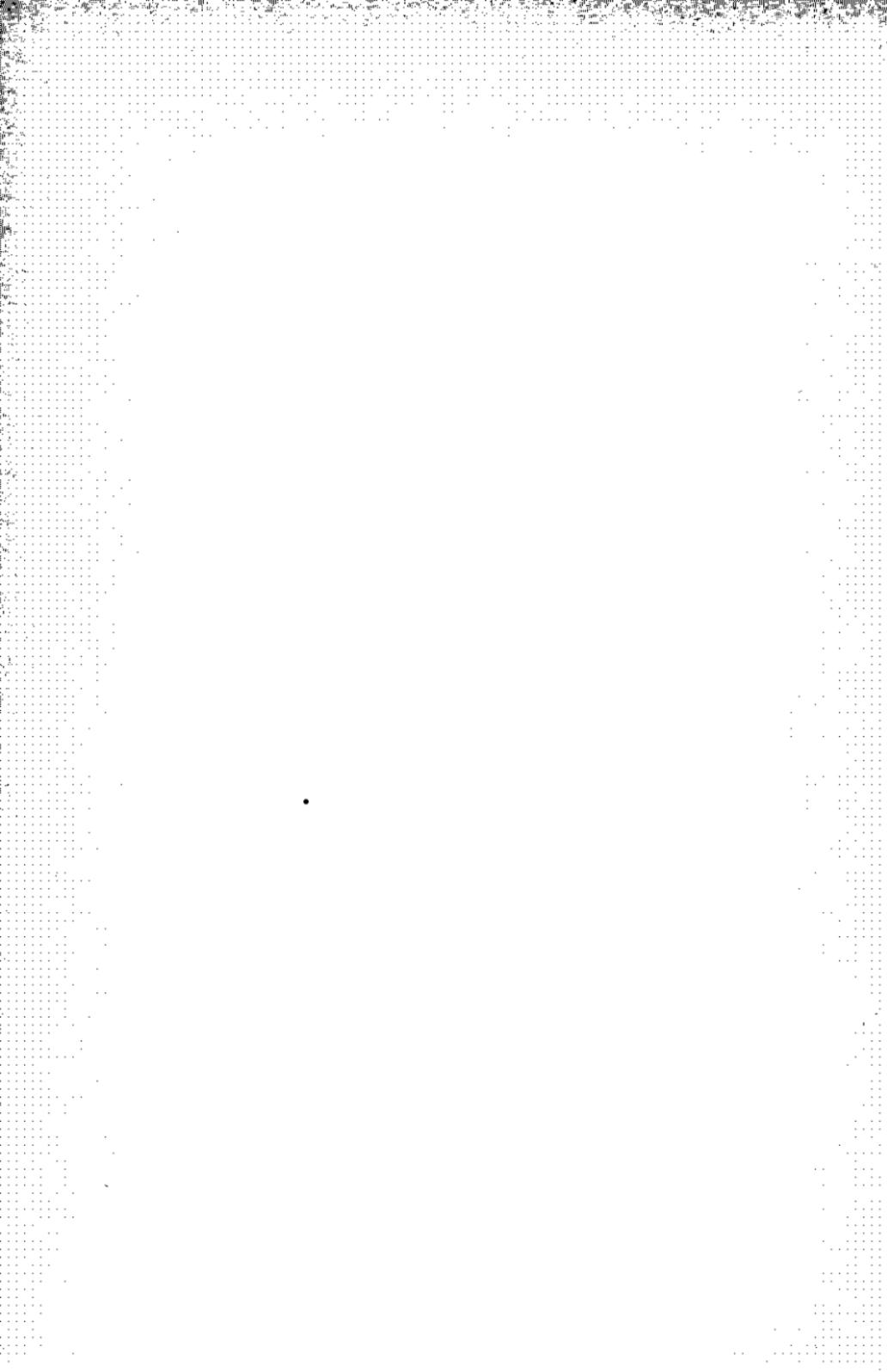
—Mi amada que abre
la flor de sus senos.

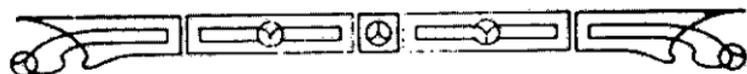
—¿Qué ruiseñor canta?...

—No es el ruiseñor...
La voz de mi amada
que me dice ¡adiós!



SONETOS CLÁSICOS





RETRATO

A Joaquín López Barbadillo.

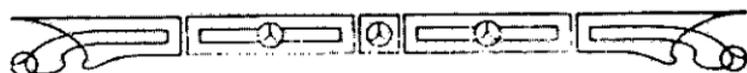
Chambergó con cintillos de diamantes
y larga y señorial pluma encarnada;
cetrino el rostro, altiva la mirada,
mostachos y sonrisas insultantes.

Descienden los cabellos ondulantes
sobre blanca gorguera almidonada;
ropa verde, de plata acuchillada,
puños de almagro y ambarinos guantes.

El ferreruelo pende de aurea joya.
La diestra sobre el largo estoque apoya...
Desafiante su mirada brilla...

Luciendo la arrogancia de su porte,
así cruza las calles de la villa
el más famoso hidalgo de la corte.





GALANTERÍA

Por ver quien recogía tu pañuelo
que dejaste caer á unos truhanes,
con el más bravo de los capitanes
al pie de tus balcones tuve un duelo.

Me hirió su espada bajo el ferreruelo,
y para contener nuevos desmanes
le hundí el acero hasta los gavilanes,
y cayó, desangrándose, en el suelo

Y tu pañuelo recogí galante
con ademán del que recoge un guante.
Y envainando la espada enrojecida

me alejé sonriente y satisfecho,
apretando el pañuelo contra el pecho
para enjugar la sangre de mi herida!





SIGLO XVII

Nada respeta mi valor. El miedo
fué siempre para mí palabra vana.
Maté á Don Luis de Almeida esta mañana,
y herí anoche á Don Lope de Toledo.

Sólo á dos hombres la derecha cedo
entre toda la chusma cortesana;
al noble Conde de Villamediana
y al señor Don Francisco de Quevedo.

No es porque me amilane ni me importe
el que ambos tengan merecida fama
de bravos pendencieros en la Corte.

Mas que su espada infúndeme respeto
del Conde el mordacísimo epigrama
y de Quevedo el cáustico soneto.





LOS NIDOS

Una cálida siesta de verano
vagando por un bosque, distraído,
miré un nido en las ramas suspendido
de un secular y bíblico manzano.

Por el áspero tronco trepé ufano,
y á través del ramaje, decidido,
tendí la mano hasta alcanzar al nido...
¡y una serpiente me mordió en la mano!

En las cálidas horas de la siesta
no busques nidos entre la floresta
y de mi triste estado ejemplo toma...

Teme, zagal, los ponzoñosos dientes...
¡Los que parecen nidos de paloma
son casi siempre nidos de serpientes!





LA COLMENA

En medio de floridos romerales
mi colmenar cuidaba noche y día.
En dulzura la miel que producía
nunca ha tenido ni tendrá rivales.

Más para causa de mis hondos males
una alimaña de la cercanía
toda colmena me dejó vacía,
devorándome abejas y panales.

Tú que guardas la miel en tus entrañas,
vigila las nocturnas alimañas
ávidas de chupar la miel ajena.

¡Pernocta siempre en tus dominios, joven
no vayan á asaltarte la colmena
y tus abejas y tu miel te roben!





REBAÑO DE PIEDRA

Desde la verde cima de un otero apoyado en su rústico cayado, contemplaba un pastor á su ganado beber en el vecino abrevadero.

Al dejar de beber, cada cordero era en inmensa roca transformado, y él también se quedó petrificado, inmóvil y sin voz en el sendero.

Sintió la helada sensación que integra
en la tierra inmortal todo lo muerto.
Transformáronse en llanos las barrancas;

y hoy parece un pastor de piedra negra
apacentando en medio del desierto
un rebaño espectral de rocas blancas.





LA LEYENDA DEL AMOR

Amor llegó hasta mí, mientras dormía.
Cautó y sin ruido penetró en mi tienda;
cubrió mis ojos con su fina venda,
y robóme, después, cuanto tenía.

Desperté, sollozante, al otro día,
y hallé desnuda y sola mi vivienda.
Me miré en la fontana de una senda
y ni mi propia faz reconocía.

Me es desde entonces la existencia ingrata,
y voy llorando mis intentos vanos
sin hallar una voz que me consuele.

Siento un dolor profundo que me mata,
y por todo mi sér palpan las manos
sin saber dónde ni por qué me duele.





LA GACELA

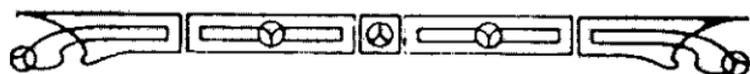
Estaba una gacela descuidada
mirando silenciosa y complaciente
en el azul espejo de una fuente
su propia y bella imagen reflejada,

cuando una mano oculta en la enramada
le arrojó un dardo, tan certeramente
que tembló la gacela, y de repente
se desplomó en el agua, ensangrentada.

Igual que á la gacela me ha ocurrido.
Cuando en vuestras pupilas me miraba
y estaba más tranquilo y descuidado,

mortal saeta el corazón me ha herido...
¡Y era, Señora, que el amor andaba
en vuestros negros ojos emboscado!





MAL DE AMORES

Un anhelo constante, un alarido,
una sonrisa en que la vida dejo;
quejarme sin saber de qué me quejo,
y pedir algo sin saber qué pido.

Buscar en los recuerdos el olvido;
mirarme y ver á otra en el espejo;
y sentir á medida que me alejo
más amor por el sitio de que he huído.

Tender al cielo en cruz las manos juntas,
sentir en un suspiro hincharse el pecho,
hablar á solas y temblar por nada.

¿Qué te pasa?—piadosa me preguntas...
—No sé qué responder; pero sospecho
que es culpable de todo tu mirada!





MADRIGAL GALANTE

Desde que os vi, Señora, vivo esclavo
de vuestro altivo y desdeñoso gesto,
y en doscientos sonetos que he compuesto
doscientas veces vuestro gesto alabo.

Sé que mi empeño, al fin, llevaré á cabo;
por eso jamás prisa manifiesto...

Ya veréis como al fin logro mi puesto
y en vuestro orgullo mi estandarte clavo!

Pero admirar vuestra altivez me agrada,
pues nunca vuestro rostro está más bello
que cuando finge celos ó da agravios.

Mas os traiciona á veces la mirada,
y ella me dice sin querer aquello
que no quieren decirme vuestros labios!





AMOR IMPOSIBLE

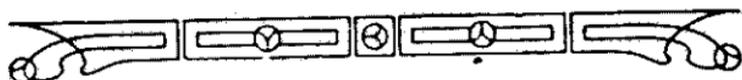
Fuera, Señora, hirsuto tigre hircano
y amansara por vos mi instinto fiero,
para venir cual tímido cordero
á acariciar la flor de vuestra mano.

Sé que más pierdo cuanto más os gano
y yo de vos, sin esperar espero
lo que no ha de venir, y más os quiero
á medida que sé que os quiero en vano!

Pule el cincel á golpes al diamante,
y gota á gota miel dan las abejas...
Y sólo el tiempo nos dirá impasible

quién de los dos ha sido más constante,
si vos, Señora, en desoir mis quejas
ó yo en amaros hasta lo imposible!





EGLOGA

O hi pastor, que apacientas diligente
tu rebaño en los sotos de la umbría,
¿viste pasar á la zagala mía
con el cántaro al hombro, hacia la fuente?

A toda otra zagala es diferente
por su andar, Cuando pasa se diría
que rima de sus pasos la armonía
la flauta de cristal de la corriente.

Cruzó al amanecer... Hace una hora...
Quedóse el viento, al contemplarla, mudo...
y tras ella, creyéndole la aurora,

balando fué todo el rebaño mío,
para lamer su pie blanco y desnudo
como lirio cubierto de rocío!





LA CORDERA

Yo tuve una cordera. Su mirada
Y tal expresión de humanidad tenía,
que más que una cordera se diría
la reina de una fábula encantada.

Y un lobo, que rondaba la majada,
en una noche tenebrosa y fría,
mientras tranquilo en mi chozil dormía
arreatóme la cordera amada.

Pastores que habitáis estos choziles,
tomar ejemplo de las cuitas más
que humedecen de llanto las praderas!

¡No dormir y guardar vuestros rediles!
que rondan lobos por las cercanías
y se pueden llevar vuestras corderas!





LA ELEGÍA DEL PASTOR

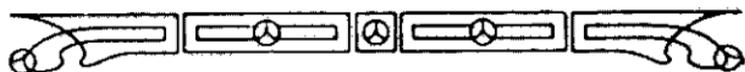
Sentado al tronco de rugosa encina
en tanto que el rebaño sesteaba
su zampona un pastor, triste tocaba,
igual que en una égloga latina.

Oyéndole, la fuente cristalina
llorando entre los pinos se alejaba,
la alondra en los espacios se paraba
y gemía la brisa campesina.

Pasó junto á la encina una pastora
y se detuvo al escuchar el canto.
—¿Por qué tan triste tu zampona llora?

dijo, y él, suspendiendo la harmonía,
le respondió con voz ahogada en llanto:
—¡Porque se ha muerto la zagala mía!





IN PACE

Se aproxima el final de la jornada,
y como aquel buen monje florentino
que inclinado en un viejo pergamino
la muerte halló, miniando la adorada

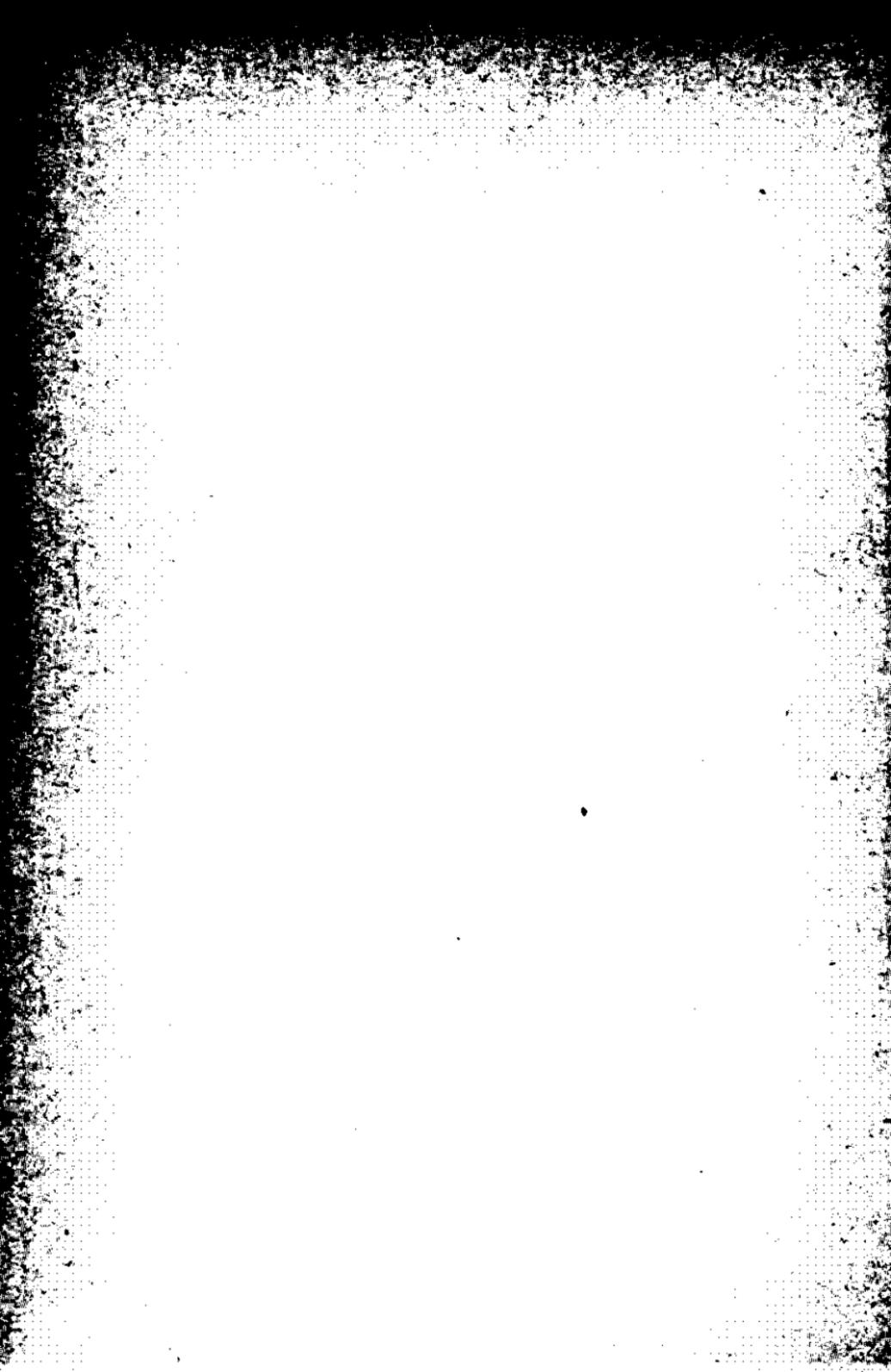
silueta fugitiva de su amada,
temo que me sorprenda mi destino
sin que la línea de un perfil divino
deje en mis tristes versos terminada!

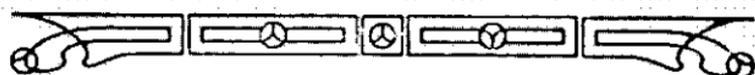
Y á la luz de la lámpara, en secreto
se van mis pobres versos desangrando,
y gota á gota escápase mi vida...

Y para terminar este soneto
yo retengo la sangre, sujetando
con los dedos los bordes de mi herida!



RETABLOS





JUDITH

A Enrique López Alarcón.

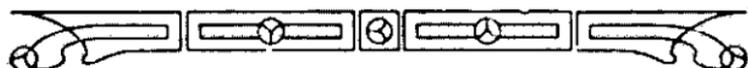
Sobre el lecho más blanco que la nieve
Holofernes dormita, fuerte y bello,
y al respirar se ponen de relieve
las anchas venas del nervudo cuello.

La púrpura triunfal del cortinaje
Judith descorre cautelosamente...
Tenaz el pecho palpitar se siente
cual si quisiera desgarrar su traje.

A la luz de la lámpara amarilla,
la hoja desnuda de su alfanje brilla
y fulgen sus pupilas de neblías.

Y segada á cercén por el acero
salta la hirsuta testa del guerrero
salpicando la alfombra de rubíes!





MOISÉS

A Manuel Garcí-González.

A contemplar su estatua frente á frente Miguel Angel tembló... Tan viva era que para ser humana solamente, le faltaba la voz. Con faz severa,

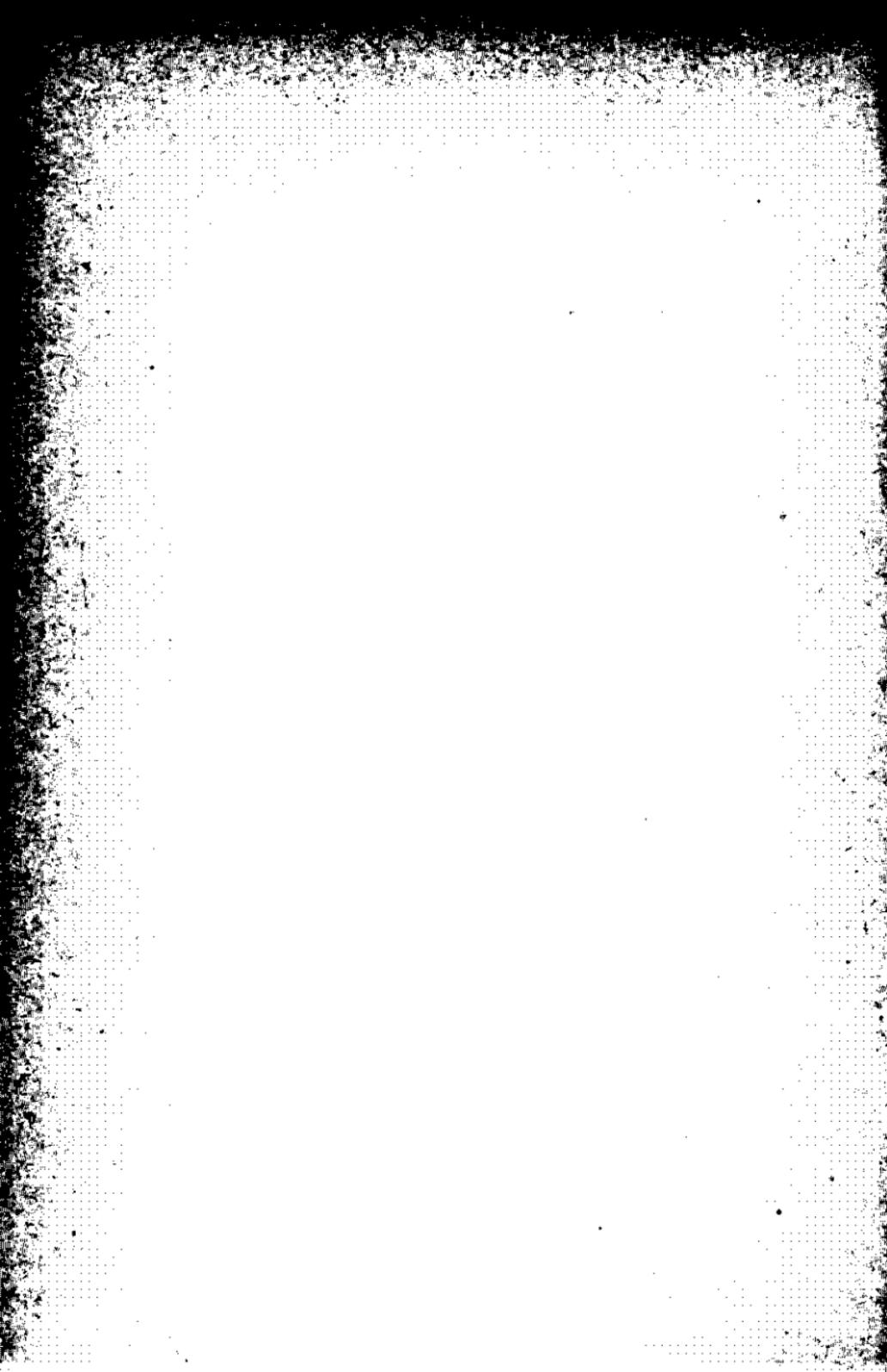
todo de orgullo y de creación temblando:
—¡Parla!, dijo á la estatua, dando un grito,
é inmóvil se quedó, como esperando
que se abriesen las fauces de granito.

Los ojos llenos de extrahumano brillo,
obsesionado por tan loca idea,
—¡Parla!, grita otra vez, con voz más alta...

Y levantando su creador martillo,
en las rodillas de Moisés golpea
hasta que el mármol se estremece y salta.



HOMENAJES





SALUTACION

Al Excmo. Sr. D. Roque Saenz Peña.

Que la gloria levante triunfal arco de flores,
Señor, á vuestro paso, porque sois noble y fuerte,
moldeado en el bronce de los Conquistadores
Y habéis sentido el trágico aullido de la Muerte!

Porque sois el orgullo de la patria argentina,
y al sajón egoísta, con esa claridad
hija del sol y el cielo de la estirpe latina,
respondísteis: «¡América para la Humanidad!»

Por lo que haréis, por todo lo que ya tenéis hecho,
recibid estas flores del solar español;
¡la vieja madre España se las quita del pecho,
y el león de su escudo saluda á vuestro sol!

¡Que la sangre no manche vuestra pródiga tierra,
que jamás una nube empañe vuestra faz!
¡Sobre el laurel heroico, símbolo de la guerra,
que proyecte sus sombras la oliva de la paz!

Como solemne augurio recordad este día,
y en medio de las luchas y la tribulación,
soñad también un poco, y dad á la poesía
lo más noble y más puro de vuestro corazón!





LA MUSA DE MARTÍNEZ SIERRA

Un clamor de claras campanas resuena;
su collar de perlas rompe el surtidor;
florece la aurora, y la vida es buena
porque está hecha para la paz y el amor.

Como golondrinas, olorosas manos
quitan las espinas que ciñen las frentes...
Lobos y corderos parecen hermanos;
anidan palomas entre las serpientes.

Remanso de ensueño... Vida cotidiana,
la vida de esas castas soñadoras
que aguardan al novio tras de la ventana,
bordando el milagro azul de las horas.

El amor nos brinda su poma madura;
bajo los rosales se oculta el abismo...
¡Hay tanta alegría, que hasta la amargura
tiene un confortante dejo de optimismo!

Espejo de plata, vereda florida...
Gloria en las alturas y paz en la tierra,
luz y amor en todo... ¡Tal mira la vida
la musa optimista de Martínez Sierra!

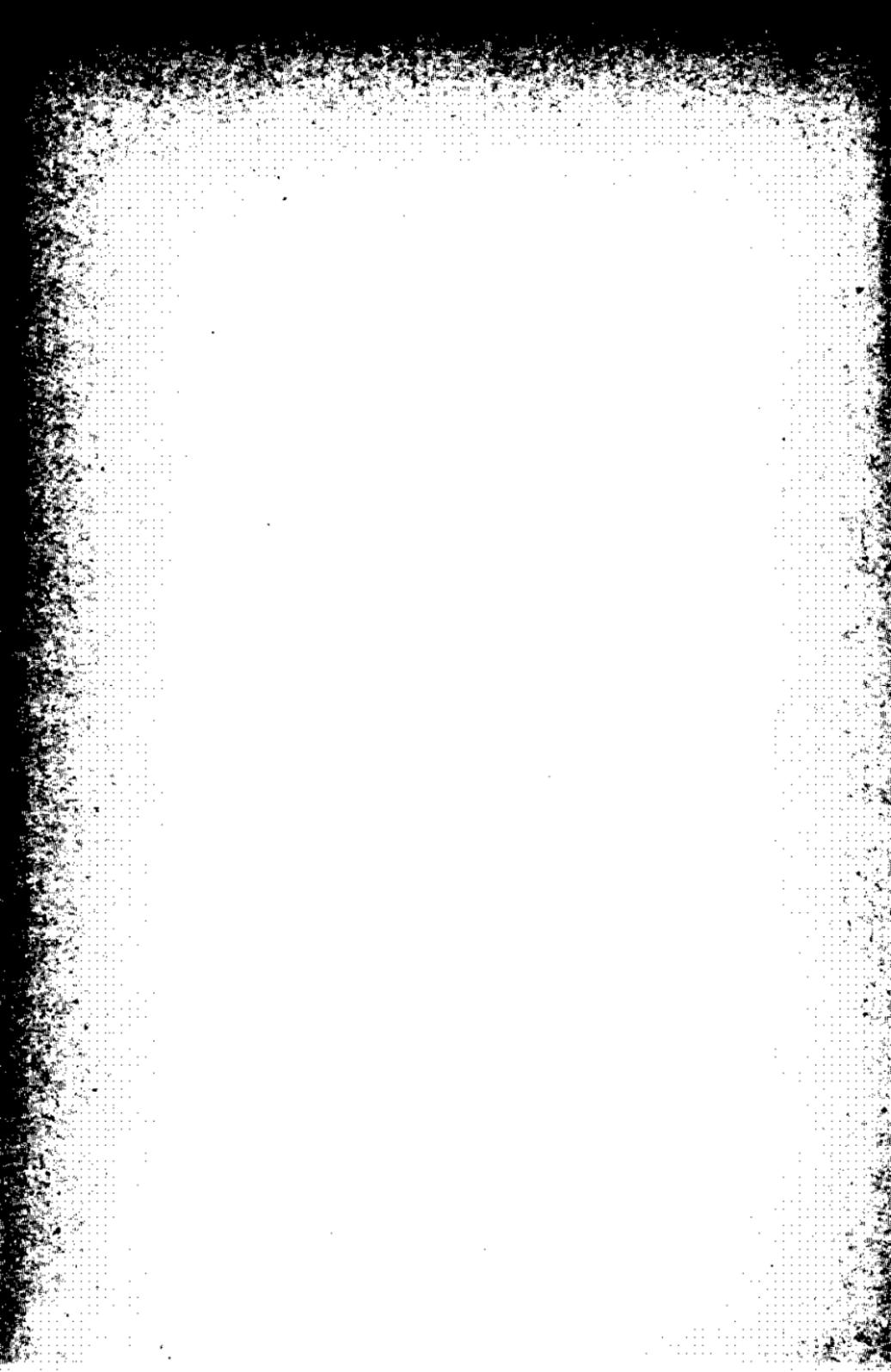
¡Oh, musa que engarzas tesoros dispersos
y enjugas el llanto que ciega la pena,
prodigando á todos la sangre en tus versos
como Jesucristo en su última cena;

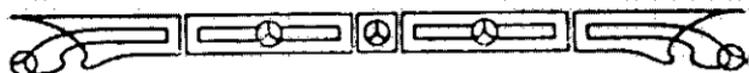
sé como una lluvia de paz y cariño;
y á aquel que maldice su negra fortuna
aduerme en tu seno, lo mismo que á un niño,
cantando tu nueva «Canción de la Cuna.»

Al través del tiempo y el espacio escucho
las palabras con que tu voz perdonó,
á la Magdalena porque amaba mucho,
y á Luzbel—ei odio—porque nunca amó!

¡Sigue, santa musa, posando tu boca
sobre las heridas de la Humanidad,
con tus negros sayos y tu blanca toca
igual que una hermana de la Caridad!







LA MUSA DE EDUARDO MARQUINA

A tu conjuro mágico, sobre esta vieja tierra
que dió á tu musa trágica sus músculos de hierro,
las glorias castellanas abandonan su encierro;

y tinto en sangre todo, en su corcel de guerra,
paladín de ancestrales y futuras venganzas,
entre el polvo y la sangre y el clamor de la lid,
cabalgando entre un bosque de escudos y de lanzas,
vimos pasar la sombra legendaria del Cid

Por tí Doña María la Brava, resucita,
agitando su crespa melena de leona,
y el Rey de los Cántigas taciturno medita
en el pesado y férreo yugo de su corona.

Y tendidos al viento los sangrientos pendones,
grandes en las victorias y en las derrotas grandes,
bajo el fuego enemigo, como heridos leones,
desfilan los soldados de los tercios de Flandes.

¡Tú eres nuestro poeta! Sobre tu yegua blanca
armado como un héroe, atraviesas la Historia,
y en la carrera, el casco de tu corcel arranca
cegadores y eternos relámpagos de gloria.

En tí revive el ímpetu del alma de Castilla,
el hierro del presente y el oro del pasado,
como si en tus estrofas se hubiesen reencarnado
la inspiración de Lope y el genio de Zorrilla!





A ALBERTO A. CIENFUEGOS

Ama, Alberto, la vida ingenua y vorazmente,
y en el paradisiaco jardín de la existencia,
sigue siempre el consejo del Instinto serpiente,
y muerde en la manzana del Bien y el Mal la ciencia.

Con la santa impudicia de un niño, sonriente,
de todos los prejuicios desnuda tu conciencia,
y báñate en el arte igual que en clara fuente
para que con sus aguas purifiques tu esencia.

Haz, de tu carne viva, como una ardiente llama
de Amor... ¡Gózalo todo!... la pupila que ama
en todo cuanto vive, hallará la Belleza...

¡Y que sea tu espíritu igual que un instrumento
musical bien templado, que al agitarlo el viento,
copie todos los cantos de la Naturaleza!





A GINÉS DE ARLÉS GARCÍA

Con tu viejo retablo cargado de ilusiones
te alejas entre el polvo del camino real...
Más de una virgen, pálida, musita tus canciones
y tu nombre de antiguo trovador provenzal.

El poder te intimida, y el fasto te avergüenza,
y prefieres al lecho de plumas de un señor,
dormir bajo los clásicos olivos de Provenza
escuchando, entre sueños, trinar al ruiseñor.

Porque eres bueno, y eres como una golondrina
fugitiva y piadosa; que en la vetusta encina
ofrezcan á tus labios los panales su miel,

que nunca tu sonora juventud tenga ocaso,
y que el amor y el Arte arrojen á tu paso
un manojo de rosas y un ramo de laurel!





CENICIENTA

L evemente,
L suavemente
te presiento,
como un vago pensamiento
que se siente
y no se vé...

Cenicienta ¿dónde has ido?
En mis manos sólo queda
— oro y seda—
un girón de tu vestido
y la leve zapatilla de tu pie...

Dónde fuiste, sombra... bruma...

flor de espuma?

Y el silencio me responde:

—No sé dónde,

para siempre ya se fué!





MADRIGAL

Siempre suspirando,
rosa carmesí,
siempre suspirando...
y siempre por ti!

Te vieron mis ojos
un amanecer...
Te vieron mis ojos...
y no han vuelto á ver!

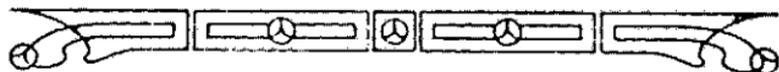
¡Fuentecita clara,
déjame saciar
en tu linfa clara
esta sed de amar!

Corderito ciego
que huele tu pie...
¡Como estoy tan ciego
nunca te veré!

Siento tu perfume,
rosa carmesí,
siento tu perfume
sin hallarte á ti!...

Extiendo las manos
buscando el rosal;
más en vez de rosas
me hiere un zarzal!





BLANCLIRA

Lirio de los valles
¿qué ángel del Señor
al pie de qué blanco
jazminero en flor,
con qué luz de estrella
ó con qué vellón,
en huso de plata
tu túnica hiló?

--No, no ha sido un ángel
el que me vistió.

La luna de Mayo
su traje me dió!

—¡Oh, luna de Mayo,
dame un traje blanco
como lirio en flor,
que con él quisiera
vestir á mi amor!





NUPCIAL

Nevada de Luna
alumbra tu puerta.

—No es la luna. Es
mi amada que entra.

—¿Qué nardos derraman
su olor en el viento?

—Mi amada que abre
la flor de sus senos.

—¿Qué ruiseñor llora?

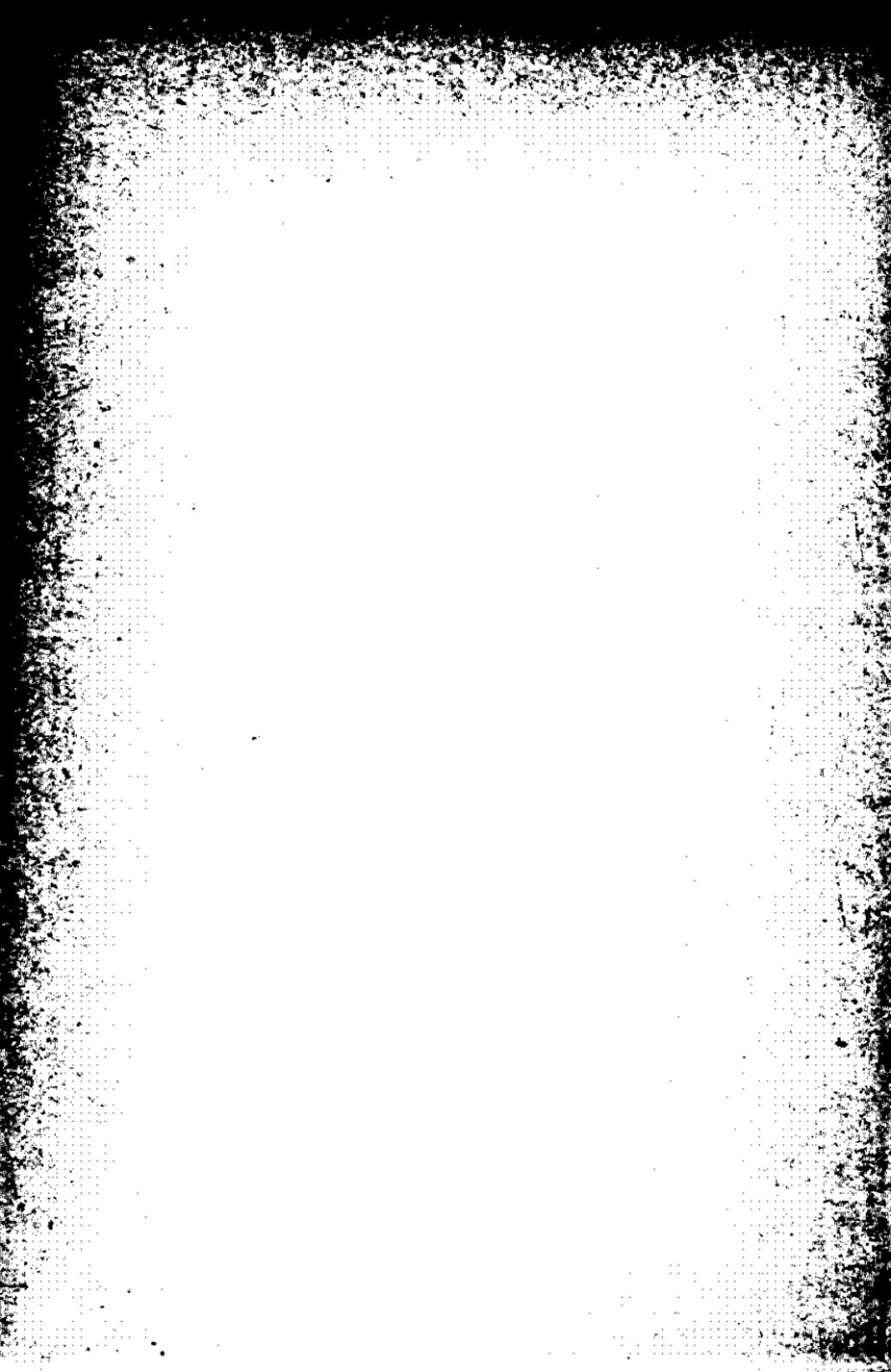
—No es un ruiseñor...

La voz de mi amada
que me dice adiós!



LOS SONETOS DEL KIF

Á Mariano Miguel del Val.





I

Sobre un seno de odalisca
Sinnóvil como un fakir,
lento absorbo mi morisca
y larga pipa de Kif.

¿Qué se me da del pasado?
¿qué me importa el porvenir?
¡Todo es vapor azulado,
humareda de zafir!

¡Bien haya el veneno moro
que abre en la tragedia muda
de tanta fatalidad,

un paréntesis de oro,
donde ante mí se desnuda
la virgen Felicidad!

II

Lento mi pipa consumo...
Entre guzlas invisibles
las bayaderas del humo
tejen danzas imposibles.

Hay una fragancia, como
si todo mi ser cubriera
una fragil cabellera
ungida de cinamomo

Y en el cristal verde y viejo
de algún polvoroso espejo,
sobre los cojines rojos

mi faz inmóvil se vé,
como la de un muerto que
tuviese vivos los ojos!

III

Entre velos de zafiro
ondulantes en la danza,
su pie transparente miro
que hasta mis sueños avanza.

Surge y á la par se esfuma,
y son sus pupilas tiernas
como estrellas en la bruma
nocturna de las cisternas.

Y en un tálamo de oro
su talle largo y flexible
desnuda mi loco empeño;

y entre mis brazos desfloro
á la Huri de lo Imposible
hecha de humo y de ensueño!

IV

Es rubia, blanca, morena,
casta y ardiente en sus bodas,
nardo, clavel y azucena:
ella las resume todas!

Bajo mis vagos suspiros
sus ojos son cambiantes:
esmeraldas ó zafiros,
ó tenebrosos diamantes.

En su faz múltiple aduna
lo futuro y lo pasado,
lo que ví y lo que veré...

Y en su cuerpo gozo á una
los amores que he gozado
y aquellos que aún no gocé!

V

Mi cuerpo despierta y siente
que en cenizas me consumo.

Muy lenta y fluidamente
entre mis dedos, en humo

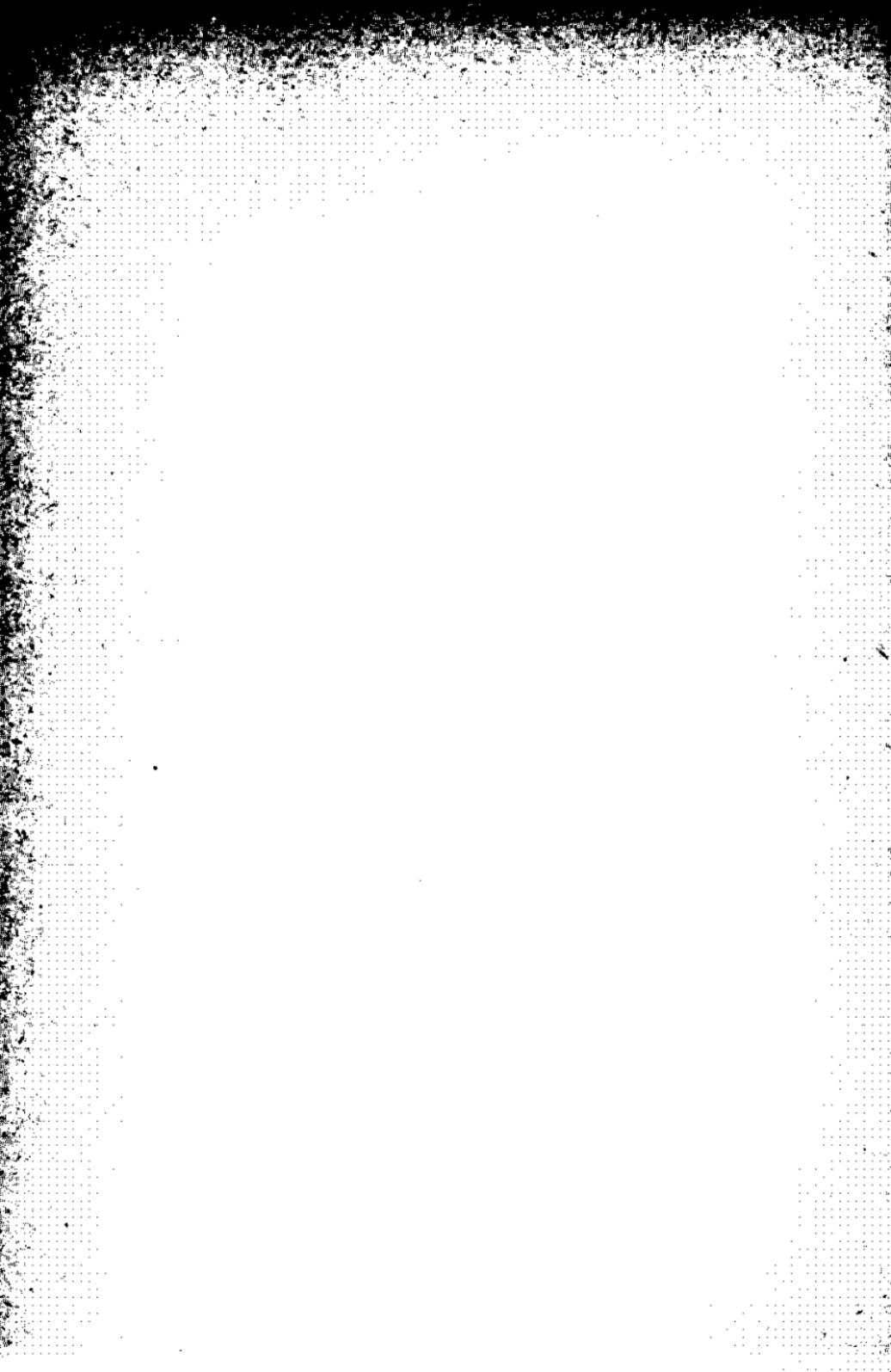
se disuelven sus cabellos...

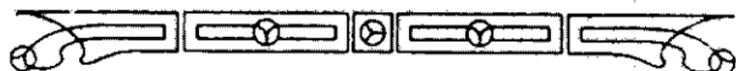
Se abren mis párpados como
si aún pesase sobre ellos
una lápida de plomo.

Un silencio sobrehumano
á mi garganta se enrosca...
Me encuentro tan vacilante

que ni alzar puedo la mano
para espantar una mosca
que vuela por mi semblante!

ÍNDICE





ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
DEDICATORIA	7
El espejo encantado	9
Romería mística	11
Santa María	13
La balada del peregrino	17
El romero que pasa	21
La azucena	27

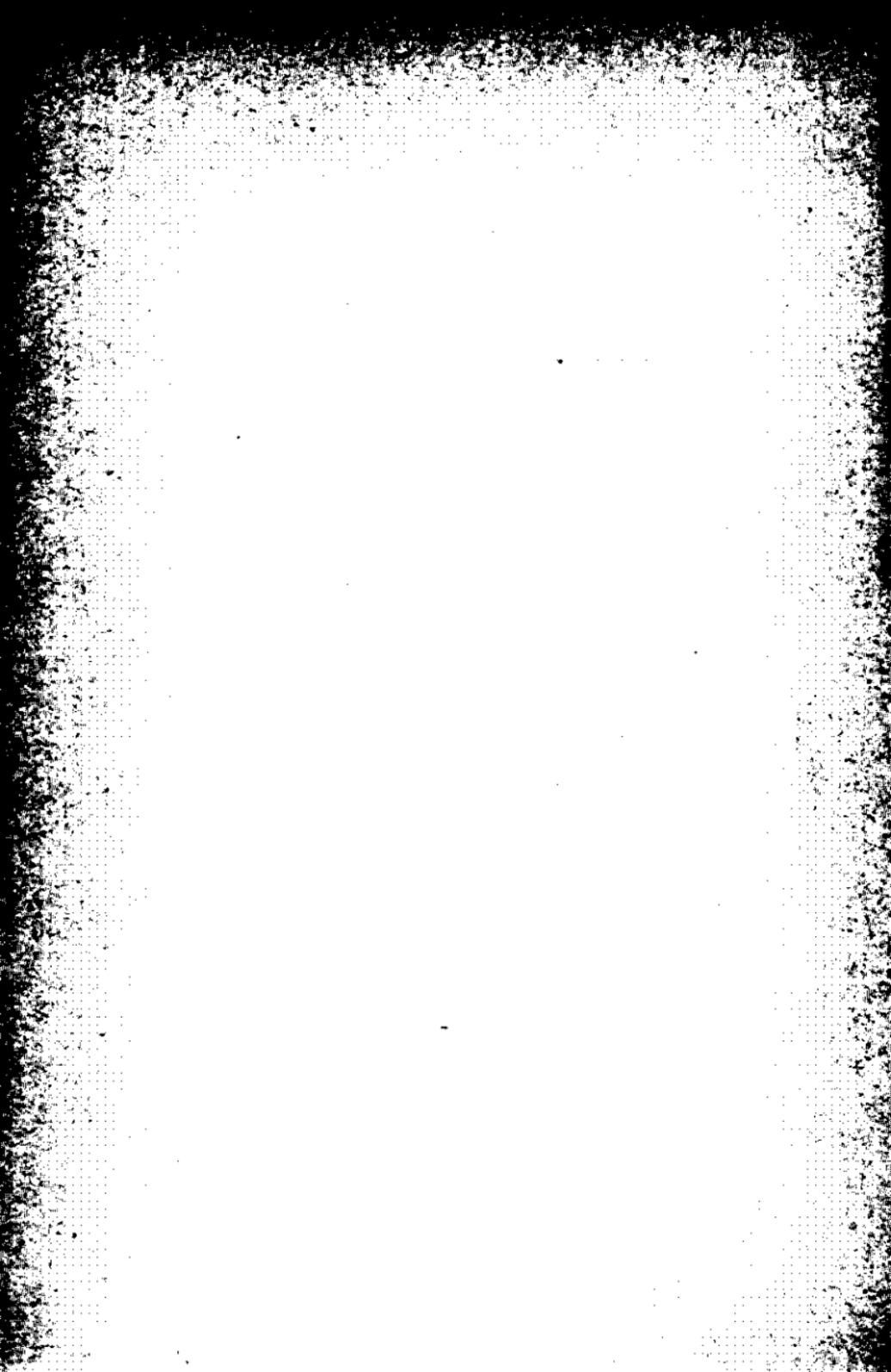
	<u>Págs.</u>
La fuente y el ruiseñor.....	29
La saeta.....	33
Noche de ánimas.....	35
Blanca nieve.....	39
Rosaura la infantina.....	41
Después de ánimas.....	45
El lucero de oro.....	47
Las tres princesas.....	51
Tenía un lucero en la frente.....	55
Garzas reales.....	57
La reina monja.....	61
Galancina.....	65
En el claustro.....	75
Lunática.....	77
Las fiestas del sábado.....	79
Macías el enamorado.....	87
En el alcázar de Sevilla.....	89

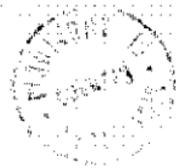
	<u>Págs.</u>
Retrato Merovingio	95
Roncesvalles	95
La lealtad	97
Junto al fuego	99
Bronce de razas	101
El romero de Alarcos	105
Las Navas	115
Aldeana	119
Cantar de ciego	121
Matinal	125
La balada del molino	127
Alborada	131
En Provenza	135
Trovas	137
Retrato	145
Galantería	147
Siglo xvii	149

	<u>Págs.</u>
Los nidos.....	151
La colmena.....	153
Rebaño de piedra.....	155
La leyenda del amor.....	157
La gacela.....	159
Mal de amores.....	161
Madrigal galante.....	163
Amor imposible.....	165
Egloga.....	167
La cordera.....	169
La elegía del pastor.....	171
In pace.....	173
Judith.....	177
Moisés.....	179
Salutación.....	183
La musa de Martínez Sierra.....	185
La musa de Eduardo Marquina.....	189

	<u>Págs</u>
A Alberto A. Cienfuegos.	191
A Ginés de Arlés García.....	193
Cenicienta.....	195
Madrigal.....	197
Blancura.....	199
Nupcial.....	201
Los sonetos del Kif.....	203







OBRAS DE VILLAESPESA

POESÍA

	Pesetas.
Intimidaciones (<i>tercera edición</i>).....	2
Flores de almendro (<i>segunda edición</i>).....	2
Luchas (<i>tercera edición</i>).....	2
Confidencias.....	3
La Copa del Rey de Thule (<i>tercera edición</i>)..	3
El alto de los bohemios (<i>segunda edición</i>)....	2
Rapsodias.....	2
Las canciones del camino.....	2
<i>Tristitia Rerum</i>	3
Carmen.....	2
El patio de los Arrayanes.....	3
Viaje sentimental (<i>segunda edición</i>).....	3
El mirador de Lindaraja.....	3
El libro de Job.....	3
El Jardín de las quimeras.....	3
Las horas que pasan.....	3
Saudades.....	3
<i>In memoriam</i>	3
Bajo la lluvia.....	3,50
Torre de marfil.....	3,50
Andalucía (ilustraciones de Julio Romero de Torres).....	3,50
Los remansos del crepúsculo.....	3,50
El espejo encantado.....	3,50
Collares rotos.....	3,50

EN PRENSA

El balcón de Verona.
La musa gitana.
Leleilas.
Castilla.

PROSA

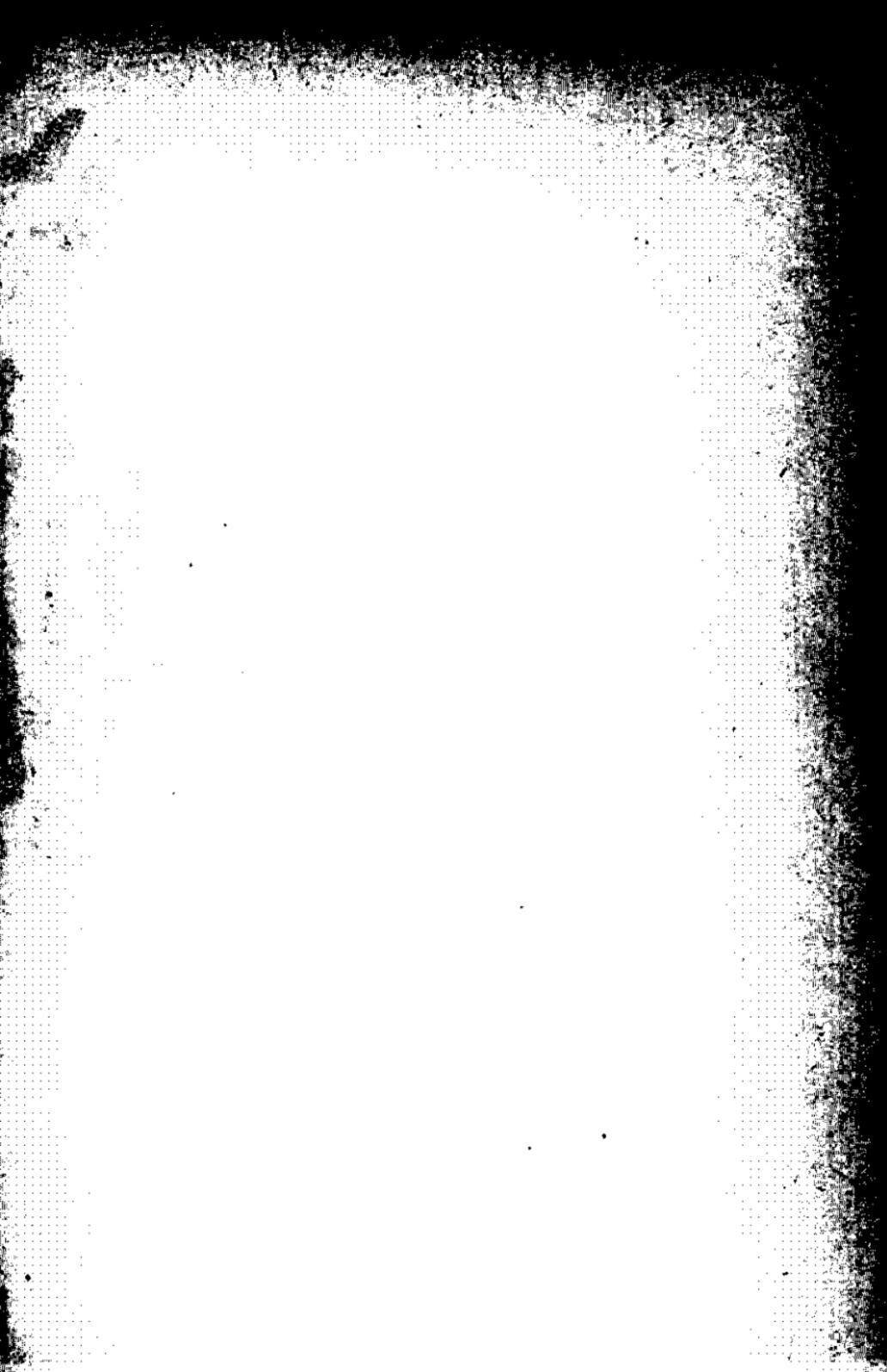
	Pesetas.
Zarza florida (<i>novela griega</i>).....	2,50
Las granadas de oro.....	4
Breviario de amor (ilustraciones de Ricardo Ma- rín y J. Moya del Pino).....	5
Vida y arte: I.—Julio Herrera Reissig.....	2

EN PRENSA

La torre de la cautiva (*novela árabe*).
Las joyas de Margarita.
La tela de Penelope.
Vida y Arte: II.—Eugenio de Castro.
III.—Julián del Casal.

TEATRO

La Gioconda (traducción de G. D'Annunzio)...	3,50
El Alcázar de las perlas (<i>tragedia árabe en cua- tro actos y en verso</i>).....	4



- AN

- SW

- LE 1

• - PS

